
S.I.P.
SPACIAL INTERNATIONAL POLICE
TRAIDOR AL SERVICIO
ALAN STAR

TRAIDOR AL SERVICIO



TRAIDOR AL SERVICIO

por

ALAN STAR

EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Orne, 51-63
B A R C E L O N A

Depósito legal: B. 2.058 - 1960

Número de Registro: 6.441 - 1959

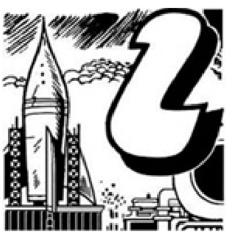
IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por ED. TORAY, S.A.- Arnaldo de Oms, 51-53 – Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO



A muchacha estaba terminando de cantar. El «Venus», esquina a la calle Veintitrés, reunía, a partir de las once de la noche, una clientela selecta, y Spencer Chase, su dueño, salía entonces del despacho, al fondo de la sala, acercándose incluso hasta el mostrador donde, distraídamente, echaba una ojeada a la caja.

Después, tranquilo, satisfecho, dentro de su oronda personalidad, encendía un habano, recostándose junto al mostrador. Y, tras esbozar una sonrisa que era como el colofón a un estado de ánimo inmejorable, volvía a su despacho, haciendo antes un gesto a Armando, que le seguía a todas partes como una sombra, para que dijese al camarero que les llevase la consabida botella al despacho.

En una de las mesas, al fondo, mordiéndose impacientemente las uñas, se encontraba Alex, el hermano de la muchacha, de la linda

muchacha que, en aquellos momentos, estaba finalizando una de las melodías del gusto del público y que iba a cosechar, en cuanto acabase, una estruendosa ovación.

Pero Alex Flagg no esperaría...

Había intentado dominar sus nervios, fumando mucho, pero bebiendo poco, como le habían aconsejado. Sus diecinueve años contaban mucho en aquel nerviosismo, en aquella impaciencia angustiosa que le ponía fuera de sí.

Entornó los ojos, pensando en Ben Box y Davis Morris, sus dos compañeros que le esperaban dos manzanas más arriba, en el «Tampico», junto a la calle Veinticinco.

Sus dos compañeros...

En realidad, sólo Box lo era, de verdad: un amigo, un camarada, casi un hermano. El otro, David Morris, tenía ya casi treinta años y era el que había recibido instrucciones para el «asunto», el «golpe» que aquella noche iban a dar.

Alex y Box envidiaban a Morris,, porque éste era, de los tres, el único que conocía al jefe, al hombre misterioso que movía todos los hilos de los asuntos y que los concebía, demostrando tener un cerebro privilegiado. También era verdad que hasta entonces no habían hecho cosas de importancia y que ésta iba a ser la primera vez que llevarían a cabo un golpe «de los buenos», un asunto que dejaría un buen puñado de dólares a cada uno.

Cinco mil.

Alex se pasó la lengua por los delgados labios. Era alto, enjuto, huesudo y en nada se parecía a su hermana, si no era por el color azulado de sus ojos.

Miró a la muchacha.

Le desagradaba que Dorothy se exhibiese allí, sirviendo los intereses del cerdo de Chase que, en aquel instante, seguido por su inseparable Armando, un latinoamericano cruel y frío, se dirigía hacia el despacho.

¡Aquel tipo sí que se hinchaba de dinero!

Y todo ¿por qué? Porque Dorothy y otras como ella, muchachas lindas como la que más, se desgañitaban cada noche, cobrando una miseria, sesenta dólares al día, mientras él, el puerco, iba llenando la caja fuerte hasta reventar.

Algún día llegaría él a ser un gran «caid», un «boss» como John Philips, que controlaba prácticamente la ciudad. Entonces entraría, con sus muchachos, en el despacho de aquella bola de grasa, y le rompería los dientes con la culata de su pistola.

Aquella esperanza desarrugó la frente del muchacho y un asomo

de sonrisa entreabrió ligeramente sus labios. El golpe de aquella noche le haría subir de categoría, Y aquello no sería más que el principio, puesto que el jefe, al conocer su comportamiento, y el de Ben Box, empezaría a considerarlos de otra manera, al comprobar que a su edad eran capaces de hacer lo que cualquier «duro» de la ciudad.

Le hubiese gustado muchísimo a Alex conocer al jefe; pero, por el momento, era imposible. Y lo comprendía. Box y él no eran más que dos advenedizos, dos novatos en los que, por el momento, sólo se podía tener una relativa confianza.

Levantándose, después de mirar por última vez a su hermana, rodeada de cegadores focos, el resto de la sala estaba sumida en una oscuridad casi total, abandonó el local, saliendo al exterior.

Lloviznaba.

Flagg se subió el cuello de la gabardina y empezó a andar rápidamente, rozando los grisáceos muros de las casas. La Séptima Avenida estaba profusamente iluminada, pero el agua producía reflejos curiosos sobre el asfalto, disminuyendo la intensidad de la iluminación.

No tardó mucho en recorrer la distancia que le separaba del lugar de la cita, penetrando en el «Tampico», un bar amplio, en el sótano de la casa y casi completamente lleno de gente. Una sErle de «box», al fondo, permitían aislarse del resto de la sala.

Se dirigió hacia ellos.

Conocía exactamente el que sus amigos ocupaban. Levantó la cortina y penetró en el interior, al tiempo que soltaba un «¡Hola!» neutro. Luego se sentó al lado de su amigo.

Ben Box era tan joven y delgado como él. Con el rostro lleno de pecas, parecía, no obstante, aún más niño que Alex; pero, en realidad, tenía la misma edad que su joven camarada.

David Morris, por el contrario, parecía mayor de lo que era. Tenía el rostro achatado, la mirada torva y las cejas hirsutas. No sonreía jamás y sus delgados labios estaban, casi cuando hablaba también, apretados, corno si un gesto adusto y desagradable no pudiese abandonarle en momento alguno.

—¿Llego tarde? —inquirió Alex.

—No —repuso Morris—. Tenemos tiempo, hemos de pasar por mi casa y luego ir por el coche —y mirando a Box añadió—: ¿Seguro que lo encontrarás?

—Sí. Llevo una semana vigilando al tipo y sé que lo deja a la puerta de su casa.

—-¿Quién es?

—Un representante de no sé qué cosa. Los asuntos deben de irle

mal porque antes lo tenía en un garaje, a pupilaje. Ahora lo deja junto a la acera.

—¿Incluso si llueve? —intervino Alex.

—Sí. ¿Qué otro remedio le queda? Si no tiene dinero para guardarlo, en otro sitio…

—¿Qué marca es?

—Un Chevrolet. Gris y de tipo corriente. Pasaremos inadvertidos, no te preocupes, David.

Éste se encogió de hombros.

—Yo ni me preocupo ni dejo de preocuparme. Con chiquillos como vosotros hay que tener mil ojos,

—¡Ya no somos tan chiquillos! —protestó Box—. ¿Te hemos fallado alguna vez?

—No es eso. Pero os falta «algo», no sé qué… Claro que después de este golpe las cosas pueden cambiar.

Los ojos de Alex brillaron intensamente.

—¿Qué quieres decir, Morris?

—Que está es una buena prueba para vosotros

—Si todo sale bien…, ¿podremos conocer al jefe?

David tardó en contestar.

—Es posible…, si todo sale bien.

— ¡Saldrá!

—Eso espero. Ahora escuchadme: la cosa ha sido planeada con cuidado, pero es mejor que os la explique desde el principio para que os deis cuenta de todo.

Hizo una pausa, aprovechándola para encender un cigarrillo: luego dijo:

—Hace un par de semanas, y esto lo sabe todo el mundo, la astronave que había salido para Marte, la segunda, regresó, trayendo a bordo la colección de piedras preciosas más hermosas que se había visto jamás. El Gobierno se desinteresó del asunto y la casa Jewis pudo comprarlas a un precio razonable, llevándolas a su joyería de la Quinta Avenida, donde las ha expuesto todos estos días. Yo las he visto y vosotros también.

—¡Son hermosísimas!

—¡Deben valer una fortuna!

Morris hizo un gesto, reclamando silencio.

—Les especialistas de la Jewis han estado estudiando esas joyas y, según los informes que han aparecido en los periódicos, su pureza es mil veces superior a las conocidas en la Tierra.

—¿No será propaganda?

—No. El jefe lo sabe de cierto.

—¡Ah!

—Parece ser, por lo que la prensa ha dicho, que en Marte no hay muchas, lo que hace que su precio sea mayor. Ya ha habido millonarios que han pedido a la Jewis que les venda algunas; pero, por el momento, hasta que la Compañía de Joyeros no haya fijado un precio definitivo, no se hará venta alguna.

Una nueva pausa.

Los dos jóvenes le escuchaban con la boca entreabierta, maravillados por todo lo que Morris les contaba.

—Ya comprenderéis —siguió diciendo éste, después del corto silencio— que la Jewis ha guardado las joyas en un lugar seguro; pero, de todos modos, como el jefe ha dicho, han cometido el error de tenerlas expuestas en la sucursal que reúne menos condiciones para su defensa. La tienda de la Quinta Avenida es muy lujosa, pero no hay en ella una caja como en la Central de la Jewis, Por eso hay cuatro vigilantes en el interior, armados hasta los dientes.

Alex frunció el entrecejo.

—Va a ser duro, ¿verdad?

—No lo creas. El «boss» tiene la cabeza llena de ideas y ha pensado en todo. Hace una semana alquiló una de las oficinas del piso superior, el que está encima de la tienda de la joyería Jewis. Pero no vayáis a creer que vamos a entrar por el techo. Ya tengo la llave de la puerta que da al patio: el jefe me la dio.

—Entonces… lo del piso.

—Ya lo veréis.

Se les quedó mirando y fijándose en Alex dijo:

—Tú, Flagg, te encargarás de la metralleta. Pareces tranquilo y eso te irá muy bien. Sabes manejarla, ¿verdad?

—Perfecto. Guardarás nuestra retirada desde la puerta de la casa hasta el coche, que habremos dejado esquina al pequeño jardín de la calle Catorce. ¿De acuerdo?

Los otros asintieron con un signo de cabeza.

—Ahora saldremos de aquí e iremos por el coche. Tú, Ben, lo guiarás. Pasaremos un momento por mi casa, para recoger algunos paquetes, y después iremos al piso, encima de la joyería. Allí tendremos que esperar a las doce, hora de empezar a trabajar. ¿Vamos?

—Cuando quieras.

Álex salió el último. Justo, al hacerlo, un potente coche policial pasó, silencioso y lento., por la avenida. Y el joven, sin poder evitarlo, frunció el entrecejo, sintiendo que un rápido escalofrío le recorría por

la espalda.

* * *

Sin poder faltar a la morbosa costumbre que había adquirido, cada vez que abandonaba el edificio de la SIP en Nueva York, el inspector Lacy, después de subir a su Ford descapotable, lo dirigía directamente a Richmond, aunque ya no tenía nada que hacer en aquel aristocrático barrio.

Y él lo sabía muy bien,

Pero no podía evitar el pasar delante del edificio imponente de los Stone, haciéndolo siempre de la misma manera, obligando al vehículo a rodar dulcemente, muy despacio, mientras miraba las ventanas iluminadas del ala izquierda de la casa, cuyo resto solía estar a oscuras.

Sus manos se apretaban convulsivamente sobre el volante y su entrecejo se fruncía, mordiéndose al mismo tiempo los labios.

Todo lo que él deseaba, el objetivo mayor que se había presentado en su vida, estaba allí, detrás de aquellas ventanas, preparándose, con toda seguridad, para una de las fiestas nocturnas que, en compañía de hombres de su clase, solía gozar casi todos los días.

Los hombres «de su clase».

Aquellas palabras le penetraban como alfilerazos que se enconasen en su piel, como si previamente, antes de pincharle con ellos, los hubiesen empapado en ácido.

Ya no le quedaba ninguna esperanza; pero, a pesar de ello, no consideraba como una locura lo que había hecho en cierta noche, cuando en uno de los locales más elegantes de la ciudad, estando efectuando un servicio, sacó a bailar a aquella criatura maravillosa que era Margaret Stone, la hija de Albert Stone, cuyos millones se contaban con cifras seguidas por tres ceros. Entonces aquella noche Adam Lacy no pensó ni razonó, como solía hacerlo constantemente, en todos los detalles de su azarosa vida, llena de peligros.

Y era lógico.

Porque junto a Margaret, las ideas huían como mariposas asustadas en un campo de flores y el razonamiento se fundía como la niebla en las mañanas de calor. Junto a aquella muchacha, Lacy perdió la noción de la realidad. Y todo su sentido común.

Lo peor había sido la actitud de Margaret. Positivamente interesada por aquel joven alto, de anchas espaldas, musculoso y viril hasta lo inconcebible, con sus cabellos negros y sus ojos pardos, brillantes e inquietos, no paró en demostrarle una afección que sentía

realmente.

A partir de aquella noche, de aquella memorable noche, se vieron casi a diario, saliendo juntos a muchos sitios y haciendo que los curiosos chicos de la prensa metiesen sus narices y sus cámaras en el camino que ellos seguían.

El resultado no se había hecho esperar.

Albert Stone era un hombre práctico y moderno. La libertad de que gozaba su única hija lo demostraba a todas luces; pero, conociendo el destino de todas sus industrias y negocios, sabía muy bien cuándo debía detener un idilio que pudiese poner en peligro los proyectos que había acariciado desde siempre, deseando un yerno capaz, por su fortuna propia, de no echar a perder nada de lo que le había costado tanto tiempo hacer realidad.

Habló con su hija.

Poseía informes completos sobre Lacy y se los expuso a Margaret con toda crudeza, sonriendo al decirle que el hombre que parecía agradarle no ganaba más de trescientos dólares a la semana. Cifra que, dedicada exclusivamente a ella, en el caso de que él no necesitase nada, ni comer, no llegaría, ni con mucho, a pagar la gasolina y el entretenimiento de los cinco coches que la joven poseía.

Margaret le había escuchado con atención, pero siguió viendo a Adam, Entonces Stone, conociendo perfectamente las teclas que debían ser tocadas en aquella especie de «sonata de separación forzosa», se hizo conducir a Washington, donde tuvo una larga conferencia con Donald Callowan, el jefe de la SIP, el cerebro de la organización policíaca de seguridad más potente del mundo.

¿Resultados?

Evidentemente los que Stone esperaba.

Adam Lacy fue llamado a Washington y tuvo que bajar la cabeza ante los argumentos de su superior: argumentos lógicos, aplastantes, definitivos y con carácter de órdenes.

Obedeció.

Y ahora, después de todo aquello, asqueado por todo cuanto le separaba de la muchacha, seguía rondando por la casa, escondiéndose para que ella no le viese, pero incapaz de imponerse el castigo de no verla.

Todo el mundo se había dado cuenta de que Lacy cambió de carácter y de que su conocida y celebrada jovialidad le había abandonado definitivamente. Se tornó hosco, huraño, reservado, absorto la mayoría de las veces en ideas que él sólo conocía.

Detuvo el coche en la esquina.

Echando una rápida ojeada a su reloj de pulsera, se dio cuenta de

que tenía tiempo hasta de ir hacia el lugar donde debía realizar un pequeño servicio de vigilancia. Un servicio especial que le habían encomendado hacía unos pocos días.

No tuvo que esperar mucho.

La verja imponente de la lujosa mansión se abrir y un coche, un Cadillac azul eléctrico, salió dulcemente, quedando iluminado bajo los focos que desde la verja habían convertido el paseo interior una especie de escenario.

Margaret iba al volante.

Las manos de Adam apretaron aún más fuerte el volante de su Ford y sus ojos brillaron como ascuas.

¡Trescientos dólares a la semana!

Aquello era lo que le separaba, de una manera inviolable, de Margaret, de la mujer a la que quería como nunca había querido a nadie hasta entonces.

Hubiera querido entrar en la casa, despertar al viejo Stone y echar sobre su delgado cuerpo sacos de billetes, de oro, hasta que medio asfixiado por tanta riqueza, pidiese clemencia para acabar sonriendo al abrasar a Adam y llamarle «hijo mío».

¡Maldito dinero!

Diez minutos después, cuando se detuvo en la Quinta Avenida, a un centenar de yardas de la joyería Jewis, que debía vigilar en colaboración con la policía, aunque de otra manera que ésta, no pudo evitar una sensación de inquietud al pensar que allí dentro, protegidas por unos energúmenos, había unas joyas cuyo valor y belleza eran capaces de hacer palidecer a Stone y sus millones.

La imagen de Margaret apareció, reflejada en el parabrisas y una sonrisa entreabrió ligeramente los labios del agente. ¡Qué maravilloso sería poder entrar en la residencia del millonario, del brazo de la muchacha!

Porque Lacy —y aquello era lo más doloroso de todo— estaba seguro de que Margaret seguía apreciándole, queriéndole. Y de no haber sido por la orden de Callowan, él, sin hacer caso al padre de la muchacha, hubiese seguido viéndola, demostrándole que hay algo que para una mujer como aquélla vale mucho más que todo lo que podía ofrecerle su padre.

Pero, por desgracia, todo aquello no era más que un absurdo montón de sueños. La realidad de la vida era muy otra y el lenguaje que hombres como. Stone comprendían era sólo el de los cheques, el de los billetes grandes, el de las fincas, el de las joyas...

El de las joyas...

Desde donde había detenido el coche, Lacy podía ver la oscura

entrada de la Jewis. Y el escaparate, cubierto ahora por un cierre de acero ondulado, le pareció una boca que se riese, sin ambages, de su desesperación, de sus deseos y ansias irrealizables.

Y fue precisamente en aquel momento cuando el coche de la patrulla se detuvo, más abajo, junto a la otra esquina.

Eran las doce menos tres.

CAPÍTULO II



ENTRARON por la puerta lateral, tremendamente cargados. Alex, bajo el peso de los dos cilindros que llevaba a la espalda, caminaba doblado hacia delante, encorvado por su carga.

No sabía qué era lo que contenían aquellos cilindros de metal y estaba más nervioso que nunca. David no se había mostrado contento del auto que robaron ante la puerta del representante, ya que se trataba de un tipo viejo y había ordenado a Ben que lo dejase en marcha, al ralenti, en la esquina de la calle, lejos de la luz de la avenida, por miedo a que no se pusiese en marcha el «demarré», ya que había comprobado que la batería estaba casi a cero.

Una vez en el cuarto que habla alquilado el misterioso jefe, dejaron los cilindros en el suelo y Flagg echó una ojeada a su alrededor.

Habían encendido las luces de la habitación, ya que las persianas estaban herméticamente cerradas y no había peligro de que les viesen desde fuera. La habitación, como el resto del apartamento, estaba completamente vacía, sin ningún mueble ni objeto casero.

—¿Qué hacemos ahora? —inquirió Box.

David no contestó.

Había cerrado un cuaderno en el que consultó algo; después, con parsimonia, encendió un cigarrillo.

—Faltan quince minutos para las doce —dijo después.

—¿No podemos empezar en seguida?

—No. A las doce, los tipos de abajo se echan, quedando uno solo de guardia. Todos —y señaló el suelo, donde había una cruz blanca, pintada con tiza— están aquí debajo. Por eso no debemos hacer ningún ruido..., al menos por el momento.

Alex encendió un cigarrillo, imitando al otro, pero notó que su mano temblaba ligeramente.

Seguía estando dominado por los nervios.

Sólo pensar que allí, bajo sus pies, había cuatro mastodontes de la policía, perfectamente encogidos, armados hasta los dientes, le

producía una sensación de inquietud que no podía dominar por muchos esfuerzos que hacía.

Por el contrario, David, completamente tranquilo, terminó de fumar un cigarrillo, aplastándolo después contra el parquet que cubría el suelo.

—Ha llegado la hora —dijo.

Cogió un maletín negro que llevaba y que habla cogido de su casa, junto a los pesados depósitos.

—Venid —ordenó.

Los otros dos le siguieron tranquilamente a Morris.

Una vez en el pasillo, torció a la izquierda, atravesando la primera puerta que, como vieron, daba al cuarto de baño. Se detuvo ante una cañería delgada.

—Hay que hacer un agujero aquí —dijo.

Abriendo el maletín, sacó una perforadora de pequeño tamaño, a la que aplicó una acerada broca; después, quitándose la chaqueta, envolvió el aparato en ella.

—Así no se oirá apenas el ruido del motor —comentó.

Después dijo a Ben:

—Coge el cable y enchufa allí, junto al espejo.

Box lo hizo y el rumor del motor les pareció enorme, a pesar de que apenas se oía. Sonriendo, por primera vez, Morris se acercó a la cañería y tras aplicar la broca, apretó con todas sus fuerzas.

El acero chirrió, al morder el metal y los dos jóvenes se estremecieron, sin dejar de mirar la humareda que salía de la punta de la broca. Pero, en realidad, aquello no duró más de un cuarto de minuto y David retiró cuidadosamente el aparato después de pulsar el botón que detenía el motor.

Se acercó después al orificio, oliendo, aspirando el aire que salía de él.

—Todo va bien —dijo volviendo a sonreír—. Oled vosotros también.

Lo hicieron y Flagg sintió un aroma mentolado.

—¿Qué es? —inquirió mirando a David.

—El conducto de aclimatación y aire acondicionado. El depósito está en la azotea y sirve para todos los pisos alquilados. Aquí, como no está ocupado, no funciona. Este tubo es el que va directamente a la joyería.

Y después de una pausa dijo:

—Traed los tubos.

Cuando estuvieron de vuelta en el cuarto de baño, Morris cogió

uno de los tubos y aplicó un manómetro a la salida de la espita,

—Lo que nos proponemos ahora —explicó— es inyectar este gas en la cañería. Ya os imaginaréis que se trata de un gas soporífero, que no tiene ningún olor especial.

—¿Y no subirá hacia arriba? —inquirió Flagg—. Los gases suelen hacerlo todos.

—Aquí no pasará eso. Ya te habrás dado cuenta de que hay una corriente de aire que viene desde la azotea. El aire, renovado, perfumado y a una temperatura agradable, se inyecta en los pisos. La presión de la cañería evitará que el nuestro vaya hacia otra parte que no sea la joyería.

—Comprendo.

—Bastarán los dos cilindros para que nuestros amigos» del piso de abajo se queden dormidos por un buen rato. Entonces entraremos nosotros en acción. ¿Comprendido?

Box estaba emocionado.

—¡Qué tío más grande es el jefe! Piensa en todo.

David no contestó.

Había aplicado el extremo del tubo al orificio de la cañería y oprimió el disparador. Un silbido agudo llegó hasta ellos. El manómetro fue dejando ver la caída de la presión interna, señalando así el final de la operación, que fue repetida con el otro cilindro.

Morris colocó después un parche adhesivo en el orificio de la tubería.

—Ahora a esperar —dijo.

—¿Cuánto?

—Quince minutos. Voy a vaciar el maletín, ya que pondremos las joyas en él.

Alex preguntó:

—¿Cómo abrirás la caja?

—Es de un tipo muy sencillo. Ya sabes que nunca hubo en esta sucursal cosas de mucha valor. Por eso pusieron los cuatro guardianes.

Cigarrillo tras cigarrillo, los minutos fueron pasando lentamente, lentísimamente.

Sobre todo para Flagg, cuya frente estaba perlada en sudor: un sudor helado y pegajoso.

David miró la esfera luminosa del reloj.

—Es hora. Vamos. Tú, Alex, coge la metralleta.

El arma estaba apoyada en la pared y Flagg sintió el frío del cañón al cogerla.

Momentos después, tras haber abandonado el piso, que cerraron

cuidadosamente, dejando allí todos los instrumentos, ya que habían trabajado con los guantes puestos, que seguían llevando, descendieron al piso bajo, atravesando el patio y deteniéndose ante una pequeña puerta.

Morris sacó una llave; luego, volviéndose a los otros, dijo:

—-¡Las máscaras!

Ben deshizo el paquete que llevaba y sacó tres máscaras modernas. Cada uno de ellos se colocó la suya.

La escena tornó un sesgo fantasmagórico. Antes de abrir la puerta, Morris echó una nueva ojeada a su reloj.

Las doce y diecisiete.

El interior de la joyería estaba profusamente iluminado y no encontraron obstáculo alguno para llegar a la trastienda: una habitación amplia, con la caja de caudales al fondo y mesas, sillones y sillas. Sobre las primeras, restos de comida, ceniceros llenos de colillas y un par de botellas de cerveza.

Los cuatro hombres, en cómicas posturas, roncaban plácidamente.

Todos ellos eran fuertes, de clásico corte policíaco, vestidos de paisano, pero con el abultamiento en las chagüetas, señalando el sitio donde las armas recortaban vagamente su volumen en el interior de los «holsiers».

Sin perder tiempo, David se arrodilló junto a la caja. Había sacado un fonendoscopio y se lo colocó, al estilo de los médicos, empezando después a hacer girar el doble mando del cofre.

Flagg sentía el calor del aire de la máscara y todo el cuerpo le sudaba de una manera extraordinaria. Con los ojos fijos en las manos de David, sintió que el tiempo transcurría con una lentitud desesperante.

Por último, cuando Morris marcó una cifra, tirando después del pomo y la caja se abrió, el joven no pudo por menos de lanzar un profundo suspiro que le salía de lo más hondo del pecho.

La vista de las bandejas de terciopelo donde estaban las joyas, que desprendían brillos cegadores, calmó de golpe los nervios de Flagg, cuyos ojos no se separaban de aquella fabulosa fortuna. Entonces, al recordar que tanto él como Box iban a recibir cinco mil miserables dólares —la cifra le parecía ridícula al contemplar todo aquello—, se acercó a David.

—No estoy conforme, Morris.

Hablaba un poco ahogado y ronco, a través de la máscara, pero el otro le comprendió perfectamente.

—¿Qué idioteces estás diciendo?

—Cinco mil es muy poco. ¿No es verdad, Box?

—Yo... —balbució el otro, sin comprometerse.

—¿Es que os habéis vuelto majaretas? Todo el trabajo de preparación se ha hecho sin que intervinieseis en nada. ¿Es así como queréis que el jefe tenga confianza en vosotros?

Aquél fue el golpe de gracia.

—Perdona, Morris...

— ¡Ya está olvidado! Trae el maletín.

Alex obedeció, arrepentido de las palabras que acababa de pronunciar.

¡Qué estúpido era!

Cuando las joyas estuvieron en el maletín, David lo cogió.

—Ahora saldremos a la avenida por la puerta

Tu ve el último, Alex, cubriéndonos. Por si acaso...

Una vez fuera, en el patio, se quitaron las máscaras, respirando glotonamente el fresco aire de la noche.

Morris cerró la puerta con llave y se encaminó, seguido por los otros dos, hacia la salida lateral, que daba a una pequeña puerta en plena Quinta Avenida.

Alex empuñaba la metralleta.

* * *

Adam vio que los policías, que acababan de salir del coche patrullero, se acercaban a un coche, parado en la oscuridad de la calle y que lo examinaban detenidamente.

Después, uno de ellos se acercó a la joyería, mirando los cierres intactos.

El vehículo de Lacy estaba a la sombra y era completamente invisible para los policías. Por eso, éstos hablaron sin ambages, y el agente de la Spacial International Police pudo oír perfectamente lo que decían.

—-Ese coche, con el motor en marcha, es de lo más sospechoso.

—Tienes razón, Oli; pero ¿quién puede ser el que lo ha abandonado así?

—-Nadie lo ha abandonado, tarugo. Esto me huele mal.

—¿Qué vamos a hacer, sargento?

—Esperar. Tomaremos posiciones en la sombra y esperaremos.

—¿No comunicamos nada a la Central?

—¿Para qué? Si es una falsa alarma y el dueño del coche lo ha abandonado para emborracharse, pagará una buena multa y en paz. Pero, si se trata de una cosa distinta, nos encontrarán preparados.

Los cuatro hombres, siguiendo las instrucciones del sargento, se agazaparon en la sombra, dos de ellos frente a la joyería y otros dos al lado del coche cuyo motor —Lacy lo oía perfectamente—.séguía en marcha, al ralenti,

El silencio, excepto el ruido suave del motor, envolvió aquel pedazo de avenida por el que raramente circulaban vehículos o peatones. En su sitio, perfectamente inmóvil, Adam sabía que algo iba a explotar, como una de esas bombas, unida a un mecanismo de relojería, que dejan pasar los minutos, lentos y tranquilos, hasta que explotan violentamente.

Se mascaba la tragedia en el ambiente.

Lacy hubiese dado cualquier cosa por haber podido gozar de un cigarrillo. Pero la más elemental prudencia le dictaba estarse quieto, sin llamar la atención de los policías emboscados en la oscuridad, como si adivinase que un error podría serle fatal, por muy pequeño que fuese.

Las manillas del reloj de a bordo, de esfera luminosa, parecían no moverse; pero, poco a poco, la de los minutos abandonó a la pequeña, a la que parecía pegada para siempre, corriendo hacia el uno —la otra estaba en las doce—. Luego, inexorablemente, pasó al dos, al tres, al cuatro. Y cuando marchaba hacia el cinco, faltando aún dos minutos para que llegase a la cifra luminosa, dos hombres salieron por la puerta lateral del edificio donde estaba la joyería.

Había poca luz, pero Lacy vio inmediatamente el maletín.

Los dos hombres miraron a uno y otro extremo de la avenida y empezaron a cruzarla.

Fue en aquel momento cuando uno de los policías, quizás el sargento, salió de la zona oscura.

—¡Alto! —ordenó—. ¡Arriba las manos!

Las dos siluetas quedaron inmóviles, como estatuas. Pero una tercera, que salió de la puerta lateral, disparó contra el sargento, perfectamente visible, haciendo ladrar su metralleta.

El policía se desplomó.

Los otros, desde sus escondites, abrieron un fuego nutrido y los dos bandidos, los que habían salido los primeros, cayeron de bruces en medio del pavimento. El otro, poseído por una furia terrible, siguió disparando, orientándose por los fogonazos rojizos que salían por la oscuridad.

Fue un combate tan sangriento como rápido. El de la metralleta consiguió hacer enmudecer a sus adversarios, pero al avanzar, para apoderarse del maletín, se tambaleó, como si estuviese borracho, terminando por caer junto a sus compañeros.

Lacy puso su vehículo en marcha.

Los segundos contaban de una manera tremenda y no se detuvo en consideraciones de ninguna clase. Deteniendo el coche junto a los bandidos, intentó apoderarse del maletín. Pero Alex, que seguía vivo, se aferró a él. Y Adam, sin perder tiempo, izó al muchacho, como si fuese un muñeco, colocándolo a su lado y apretando el acelerador a fondo.

La cabeza estaba llena de ideas.

Alejándose de la avenida, cogió una calle transversal, volvió hacia el norte de la ciudad, atravesó Harlem a toda velocidad y pasó a Bronx, donde residía.

Dieciséis minutos después de haber puesto el coche en marcha, se detenía ante su casa, abriendo las puertas del garaje y encerrando el coche en el cobertizo, al lado del jardín.

Cogió después al muchacho, colocó el maletín sobre el cuerpo inerme y penetró en el interior de la casa. Fue a su propia habitación, puso al joven sobre el lecho y examinó las heridas, que le parecieron extremamente graves.

Luego se acercó al maletín.

AI abrirlo y contemplar los montones de joyas, refulgentes bajo la luz de la lámpara, sintió que todo su cuerpo se estremecía.

-—¿No buscabas la fortuna que haría posible la conquista de Margaret? —se preguntó.

Después, sin poderlo evitar, lanzó una carcajada.

No tenía la menor duda de que la suerte le había favorecido. Y sin olvidar las dificultades que, a partir de aquel momento se le iban a presentar, se sintió seguro, fuerte, poderoso, dispuesto a derrumbar cuantos obstáculos y cortapisas se le pusieran por delante.

¡Había vencido!

CAPÍTULO III

DONALD CALLOWAN, el poderoso jefe de la SIP, entornó los ojos, como si el humo del habano que fumaba le irritase los párpados.

Había una hoja de papel, mecanografiada, sobre el cristal del despacho, con el emblema de la Policía de Nueva York. Leyó aquella nota media docena de veces antes de que llegase Alexander, que, en aquellos momentos, estaba sentado, al otro lado de la monumental mesa.

No hablaban.

No se habían dicho, cuando Dwight Alexander más que un simple «hola». Después el recién llegado se sentó, encendió un cigarrillo y se arrellanó en el sillón, respetando el silencio obstinado de Callowan.

Éste terminó diciendo, sin abrir del todo los ojos:

—Se han llevado las joyas, Alexander.

—¿Las de Jewis?

—Sí.

Y después de una nueva pausa, parecía como si les costase hablar, dijo:

—Tres policías muertos y uno agonizando.

—¿Y ellos?

—Dos muertos y uno desaparecido.

—¿Quién?

—Alex Flagg, un joven de diecinueve años no cumplidos aún: el clásico golpe hábil. Utilizar a esos insensatos para la parte dura y pagarles una miseria… ¡Ya estoy harto de esa clase de criminalidad, Alexander! Se nos ha llamado a nosotros para resolverlo. Llevamos cinco años; es decir, los lleva la policía, intentando descubrir quién es el sinvergüenza que se sirve de esas criaturas. Ninguno de ellos, cuando los apresan, puede decir nada porque no conocen más que a intermediarios que, a su vez, dicen saber más que lo que en realidad conocen. Total: madres desconsoladas, padres desesperados… y las prisiones repletas de niños imberbes.

¿Te das cuenta?

—Claro que sí.

—La policía lo ha intentado todo. Ya te imaginas lo que no habrá hecho antes de llamarnos en su ayuda, de tener que dirigirse a nosotros. Y lo peor es que he prometido resolver este asunto rápidamente.

—¿Cómo lo hará?

Donald se encogió de hombros.

—¡Al diablo si lo sé!

Un nuevo silencio se hizo entre ellos.

—El informe de la policía de Nueva York —dijo Callowan, abriendo del todo los ojos— dice que el agente moribundo vio caer al de la metralleta; es decir, a Flagg y jura que un coche avanzó, cogiéndolo, al muchacho y al maletín…

—Eso es muy interesante, si el agente recordase más detalles.

—Los recuerda. El coche era un Ford descapotable y las dos últimas cifras de su matrícula eran dos ceros.

—¡Caramba! Sí que era observador ese buen policía. ¿No delirará?

Donald contestó:

—No.

—Habrá que buscar todos los Fords que acaben en dos ceros.

—La policía de Nueva York ya lo está haciendo, pero no olvides que el agente no pudo fijarse más que en el número, no en las cifras del Estado,

—Comprendo; pero, de todos modos, es una buena pista.

—Desde luego. Alguien, lo ignoramos aún, ayudó a los criminales.

—¿Uno de la banda?

—Es posible.

Dwight encendió un nuevo cigarrillo.

—¿No teníamos a un hombre en esa pista? Usted me habló de ello…

—Sí. Estaba Adam Lacy, pero ese muchacho ha cambiado mucho y, entre nosotros, le metí allí para que olvidase un asunto sentimental que podía hacernos mucho daño.

—Lo recuerdo perfectamente. La prensa habló de Lacy y Margaret Stone, la hija del multimillonario.

—Eso es.

Alexander sonrió.

—Nuestro amigo miró demasiado alto. ¿No lo cree así, señor

Callowan?

—Sí. Fue un error de apreciación. Pero dejemos a Lacy. Nos interesa más hacer lo imposible por recuperar las joyas.

—¿Voy a encargarme del asunto?

—Naturalmente. Además de que la policía local ha pedido nuestra ayuda, el asunto entra de lleno en nuestras atribuciones, ya que las joyas han llegado desde fuera de la Tierra.

Encendió otro habano, con parsimonia.

—El asunto debe ser enfocado de la siguiente manera: no perseguimos solamente a una banda que viene cometiendo muchísimos delitos en estos últimos tiempos, sino que lo que deseamos es acabar, de una vez para siempre, con alguien lo suficientemente canalla como para utilizar en sus planes a esos desdichados menores de veinte años, que dan la cara por él. Se trata, entiéndelo bien, de acabar con la delincuencia infantil organizada; es decir, con la cabeza que dirige a los muchachos, separándolos de la legalidad, por un asqueroso puñado de dólares y haciéndoles, las más de las veces, acabalen prisión o morir bajo las balas de la policía.

»No vayas a imaginarte que tu misión va a ser fácil, Alexander. Nadie conoce al jefe de esa maldita organización criminal, ni tenemos la menor sospecha de quién pueda ser. Tendrás que obrar con cautela y abrir mucho los ojos.

»De momento, ya sabes todo lo que contiene este informe: se llevaron las joyas y dos de ellos quedaron sin vida. El otro, Alex Flagg, al que la policía conocía ya muy bien, aunque no había estado detenido nunca, fue herido y recogido por un cuarto cómplice, del que no conocemos más que su vehículo, un Ford modelo anticuado con la matrícula terminando en dos ceros. ¿Está claro?

Dwight sonrió.

— ¡Clarísimo!

—No te burles. Coge el avión y ve a Nueva York. Ya me irás comunicando los resultados de tu investigación. Y no olvides que lo que nos interesa es la personalidad del «boss», la cabeza y no los desdichados que le sirven.

Alexander se puso en pie, estrechando la mano que el otro le tendía. Luego tomó el sombrero y salió del despacho.

En los labios de Callowan había una sonrisa apenas perceptible: una de sus sonrisas, cuyo significado era imposible conocer.

* * *

Todo el mundo conocía a John Philips. Sus actividades, naturalmente fuera de la ley, abarcaban un gran campo de acción,

yendo desde el tráfico de drogas al control portuario. Pero a pesar de todo eso, jamás se le había podido imputar nada. Y, menos aún, un asalto o un robo. Esto último, sencillamente, porque jamás lo había hecho.

John era un hombre fuerte, de sienes plateadas, anchas espaldas y ojos azules y acerados. Dentro de su mundo se le tenía por un justiciero y sus métodos solían poner los pelos de punta a los pocos locos que se empeñaban en probarlos. Por otra parte Philips no se había interesado nunca por asociarse con jóvenes: todos sus hombres lo eran de pies a cabeza, gente sin frío en los ojos y que sabían lo que querían.

Aquella mañana, mientras se duchaba, dejando que el agua helada picotease sus hombros cubiertos de vello negro, John pensaba amargamente en la marcha de sus negocios. Había habido algunos fallos, imputables sólo a la mala suerte, y los ingresos disminuyeron en proporción geométrica.

La cosa iba mal.

Antes de meterse en la ducha, cuando bebió el primer vaso de la mañana, en compañía de sus inseparables, en el salón del lujoso piso que ocupaba eh la Cuarta Avenida, Philips había oído el último programa dé la televisión, donde se daba la noticia del asalto a la joyería Jewis.

Ahora, bajo el agua, no podía abandonar aquellas ideas que, corno una obsesión, seguían haciendo sonar las palabras del locutor en sus oídos.

Las joyas estaban valoradas en diez millones de dólares.

Philips se pasó las manos por sus musculosos brazos, frotándose vigorosamente, pero haciéndolo de una manera mecánica, sin luchar concretamente contra la sensación helada de la ducha.

Tenía los ojos cerrados, para evitar las salpicaduras y tomaba un placer positivo en comprobar que su cuerpo seguía reaccionando con la misma intensidad que diez años antes, cuando tenía treinta.

«Sigo siendo el mismo», pensó, con orgullo.

Alargó la mano a ciegas y oprimió el botón de plástico que detenía la ducha; luego, colocándose una toalla a la cintura, cosa que le hizo recordar, con una sonrisa, sus últimas vacaciones en Tahití, salió del cuarto de baño, y fue, sobre las alfombras espesas, hacia el salón donde estaban los otros.

Erle Taylor hacía solitarios.

Era macizo como su jefe, quizá más, con un aspecto de gorila que se subrayaba en su frente estrecha y su mentón prominente, así como en su nariz tremendamente achatada.

El otro, Luigi Vendetta, era delgado, de pelo negro y ondulado, piel cetrina, nariz aguileña y labios sensuales. Al lado de un vaso de «whisky», se estaba haciendo las uñas con una navaja, aguda corno un puñal.

—¡Erle!

El gorila se levantó, dejando las cartas sobre la mesa. Mientras, John se había tendido sobre una chaise-longe, poniendo la cabeza entre los brazos doblados.

—¡Frota fuerte, muchacho! —dijo—. Necesito reaccionar.

Taylor se arremangó las mangas de la camisa, dejando al aire sus poderosos brazos. Luego, quitándose las sortijas y el reloj de pulsera, cogió un frasco de linimento y empezó a darle un masaje violento y profundo.

Una deliciosa sensación de bienestar invadió a Philips; después, cuando el sopor Hubo pasado, se levantó, haciendo algunas flexiones, yéndose después a vestir.

Volvió en seguida.

—¡Sírveme algo, Luigi!

El italiano obedeció, llenando un vaso, hasta la marca azul, con «whisky» y el resto con soda; luego metió un cubito de hielo y puso el vaso sobre la mesita junto al lugar donde se había sentado el jefe.

—¿Han dado algunas noticias más? —inquirió éste.

—¿De qué?

—Del asunto de las joyas.

—No. Repitieron la emisión. Por eso apagamos el aparato.

John se pasó la mano por el mentón.

—Es curioso —dijo.

Luigi frunció el entrecejo.

—¿El qué es curioso?

—Todo ese asunto. Si lo examinamos con detalle, nos damos cuenta de que hay algo que no encaja... Tres tipos atacan la joyería, se llevan el botín, se lían a tiros con la poli... y aparece otro que se lleva al herido con las joyas. Esos tipos tenían un auto que, según lo que ha dicho la TV, fue lo que llamó la atención a la patrulla de la poli, ya que dejaron el motor en marcha. Si hubiesen sabido que había otro cómplice, con un coche, dispuesto a recogerlos, ¿para qué diablos hubiesen dejado el suyo en marcha? ¿No te parece?

—Es verdad.

—Claro. Lo que hace pensar que el tipo del coche Ford, con los dos ceros al final de la matrícula, no pertenecía a la banda.

—Es posible.

—No, es cierto. El tipo se aprovechó de lo que los otros habían hecho.

—Entonces ¿por qué cargó con el herido? Normalmente, sólo le hubiesen interesado las joyas.

—No lo sé. Quizá tuvo miedo de que el otro le reconociese. Por eso se lo llevó. Para estar más seguro de su silencio.

El gorila se rascó la cabeza.

—¿Quién puede ser ese tipo?

—No lo sé; pero, de todos modos, debía estar enterado de los planes de los otros, ya que esperaba escondido.

—¿Alguien de la banda que quiso llevárselo todo?

—Imposible.

—-Entonces ¿cómo conocía tan bien los planes de los otros?

John sonrió y no contestó hasta después de haber encendido un cigarrillo.

—No hay más que una respuesta —dijo—, una sola: ese tipo es de la policía.

—¿Eh?

—Como lo oís. Debía de estar de vigilancia, pero las meninges le trabajaban intensamente, pensando —los diez millones de dólares que aquellos tipos van a sacar de allí. Debió de perder el control y dijo que jamás tendría una ocasión como aquélla.

—Pero... ¿y el coche? La poli no tiene ningún Ford viejo.

—Eso no lo sabemos. Es posible que el misterioso personaje hubiese sido autorizado a coger un coche viejo, para disimular, o puede tratarse de otra cosa...

—¿Hay otra posibilidad? —inquirió el italiano.

Sí. Que fuese un hombre de la SIP.

—¡Imposible!

—¿Porqué?

—Ninguno de esos tipos se atrevería a traicionar al Servicio.

—Cada hombre es un misterio, Luigi: no lo olvides. Y el más íntegro y leal puede perder los estribos cuando la tentación se lía con el diablo.

—No me gustaría estar en su pellejo. En cuantos sus compañeros sospechen tío él, lo encontrarán, aunque se meta bajo tierra.

—No lo creas. Ese tipo sabe mucho de los otros. Tiene la ventaja de conocer todos los procedimientos de la SIP, ya que pertenece a ella, y sabrá, tomara las precauciones necesarias para que no le echen el guante. á

»Si se tratase dé hombres como nosotros, a los, que habría de

perseguir, sería diferente. Por esta vez los de la SIP van a encontrar un hueso duro de roer: un tipo que conoce sus métodos y dispuesto a todo para quedarse con las joyas.

—¿Crees que lo sospechan ellos?

—Es posible que no lo hayan descubierto aún, pero no tardarán mucho en hacerlo. Aunque, después, de todo, lo interesante es que nosotros lo sospechamos.

—¿Piensas hacer algo?

—¡Naturalmente! ¿Crees que voy a estarme cruzado de brazos ante una cosa así? Buscaremos a ese tipo, aunque tengamos que hacerlo debajo de tierra. Es mucho dinero para no arriesgarlo todo. ¿No os dais cuenta de lo que significaría para nosotros un montón de billetes como ése?

—¿Tienes alguna Manera de cómo encontrarlo?

—-No. Nada en concreto; pero, de todos modos, ay una cosa que ese tipo no podrá hacer por sí mismo: desprenderse de las Joyas.

—¿Crees que no conoce a nadie?

—-Es raro. Ese individuo debe de ser un hombre práctico, al que no importará perder un par de millones si alguien le desembaraza rápidamente de la peligrosa mercancía que ha adquirido. Un anuncio en los periódicos no estaría mal: un anuncio redactado con cierta habilidad —entornó los ojos, mientras su frente se cubría de arrugas —. «Me haría cargo de mercancía valiosa, en cualquier estado. Garantía de pago inmediato.!.» ¿Qué os parece?

—No está mal —dijo Luigi.

—¿Y de dónde vamos a sacar el dinero para pagar las joyas? —inquirió Erle Taylor, frunciendo el entrecejo.

Philips sonrió.

No le extrañaba aquella pregunta de su voluminoso testaferro, porque era lo lógico en él.

—No necesitaremos ningún dinero, Taylor —se dignó explicar—. En cuanto ese tipo se ponga en comunicación con nosotros, le sacaremos las joyas sea como sea.

—Comprendo.

—Creo que el anuncio será útil —siguió diciendo el jefe sin hacer caso de la respuesta neutra del otro—. Vamos a salir, Luigi. Prepara el coche.

—Bien.

—¿Voy con vosotros? —inquirió Taylor.

—No. Sigue haciendo solitarios, Erle. Nos reuniremos en el «Embassy» para cenar.

—O.K.

Momentos después el Cadillac negro de Philips surcaba las calles, húmedas aún de la última llovizna, Al ver caer las gotas sobre los cristales de la ventanilla, John pensó en la ducha, en el masaje vigoroso de Taylor.

Y sonrió.

Porque ahora, como en los buenos tiempos, se encontraba perfectamente en forma, dispuesto a llevar las cosas hasta el punto interesante y aprovecharse de aquella ocasión única.

No deseaba seguir los negocios que hasta entonces había desarrollado en la ciudad. Los beneficios eran cada vez menores y más difícil hacer pagar a los tipos que antes «aflojaban la pasta sin dificultad».

En cuanto consiguiese las joyas, las convertiría en magníficos paquetes de billetes y se iría, con los dos únicos hombres en los que tenía confianza, Vendetta y Taylor, lejos de Nueva York, quizás a Sudamérica, donde podía organizarse algún negocio fenomenal, lo suficientemente seguro para poder vivir el resto de la existencia sin demasiadas preocupaciones y pagándose toda clase de caprichos..., como si tal cosa.

CAPÍTULO IV

AL llegar a Nueva York. Alexander no tenía más que una idea fija: investigar las andanzas de Adam Lacy antes de lanzarse a la labor que Donald Callowan le había encomendado.

Sus sospechas, tenía que confesarlo, no poseían una base firme; pero desde que semanas antes leyó en todos los periódicos la aventura amorosa del agente de la SIP con la hija del multimillonario Stone, se había dado cuenta de que aquella pareja, que cedió demasiado fácilmente, no se conformaría con una derrota tan sencilla como definitiva.

No conocía personalmente a Lacy pero había oído hablar de él.

Y precisamente por eso lo consideraba como un hombre que no estaba acostumbrado a perder. El historial de Adam era magnífico y sus hazañas se habían citado, muchísimas veces, en la orden del día de la poderosa organización anti criminal. Lacy era uno de los mejores agentes, y solía trabajar solo, saliendo airoso de muchas empresas en las que otro cualquiera hubiese fracasado.

«Un hombre así —se había dicho Dwight durante el camino— no cede fácilmente. Se necesitan otra clase de obstáculos para detenerle…»

Antes de salir de Washington y sin decir nada al jefe, se había procurado la dirección de Lacy en Nueva York y su número de teléfono. Conociendo indirectamente al agente de la SIP, juzgó lo mejor llamarle antes para avisarle de su llegada. El hacerlo de otro modo podía despertar las sospechas de Adam y echarlo todo a rodar.

Nada más abandonar el avión, se dirigió a una cabina, en uno de los locales de La Guardia, marcando el número de su compañero.

Tardaron bastante en descolgar el aparato.

—¿Diga?

Alexander preguntó;

—¿El señor Lacy?

—Sí. ¿Quién es?

—Aquí Dwight Alexander, un compañero suyo... Acabo de llegar de Washington, de hablar con el jefe, que me ha encargado una misión en Nueva York y me encuentro un poco perdido en este ambiente donde no he trabajado nunca. ¿No le molestaría recibirme' o desea que nos veamos en otra parte?

—Venga a casa. Veo que tiene, mi dirección, ¿Se la ha dado Callowan?

—Sí —mintió Alexander.

Hubo una corta pausa.

—Perfectamente —díjo después la voz de Lacy— Le espero.

—Gracias. Ahora mismo llego.

Colgó, dibujándose una sonrisa en sus labios. Se había dado cuenta de las dudas de Lacy, cuya voz estaba muy lejos de ser tranquila y normal.

Veinte minutos más tarde, un taxi le dejaba ante la casa de Adam, en pleno Bronx, en un lugar tranquilo y casi desierto, donde apenas se estaba empezando a construir.

Hecho una ojeada a la casa, viendo en seguida, a través de la verja, el cobertizo que servía de garaje. Una nueva idea, irresistible, se apoderó de él, y después de comprobar que las persianas estaban echadas y que nadie debía vigilarle desde las ventanas, recorrió la verja, alejándose hacia una callejuela lateral, donde se detuvo, escuchando, pendiente de cualquier cosa que se produjese.

El silencio era completo.

Alexander temía que Lacy hubiese oído el taxi, al pararse ante su casa; pero, por lo visto, la casa, herméticamente cerrada, estaba aislada de todos los ruidos exteriores.

Un poco de suerte...

Tardó unos segundos en encontrarse en la parte interior del abandonado jardín. Una doble hilera de árboles le ocultaba perfectamente de la casa, cuyas ventanas, por este lado, estaban tan cerradas como las de la fachada.

Avanzó con todo cuidado.

Deseaba, como nunca en su vida, que Lacy no le sorprendiese, ya que iba a ser bastante difícil explicar a su compañero los motivos que le habían inducido a entrar de aquella manera en su domicilio.

Lanzó un suspiro de satisfacción al darse cuenta de que la puerta del cobertizo estaba entreabierta, solamente ajustada.

Tras echar una nueva ojeada a la casa, abrió la puerta, el espacio justo para penetrar en el interior, que estaba sumido en una oscuridad completa. Cerrando tras sí, sacó la lámpara, lanzando el haz luminoso hacia el interior del rudimentario garaje.

El contorno preciso de un Ford antiguo se dibujó en la zona iluminada y el foco, nerviosamente dirigido hacía la parte delantera, iluminó, de lleno, la matrícula, teniendo Alexander que hacer un verdadero esfuerzo para no lanzar una exclamación de sorpresa, aunque no era tanta.

El coche de Adam estaba matriculado en Columbia, con el número 333. 890.

¡Ya no cabía la menor duda!

De todos modos, Dwight no se dejó llevar por la oleada de entusiasmo que le inundaba. La matrícula era un dato de la mayor importancia, pero hacía falta más para poder acusar legalmente.

Abriendo una de las portezuelas, examinó detenidamente el interior del coche, no tardando en descubrir unas manchas oscuras sobre la alfombra de la parte delantera.

Sacó un afilado cuchillo y recortó dos pedazos de tapiz, metiéndose uno de ellos en el bolsillo interior de la chaqueta. Luego se descalzó y puso el segundo en el interior del zapato.

Si aquellas manchas eran de sangre humana, la suerte de Adam Lacy estaba echada definitivamente.

Alexander no podía evitar el sentir una especie de repugnancia hacia todo lo que estaba haciendo. El que el culpable fuese ahora un hombre de la SIP era algo que no podía «digerir» por completo; pero, por otra parte, el jefe, Donald Callowan, les había enseñado a pensar de una sola manera, dividiendo el mundo, sin importar la personalidad de los comprendidos en una y otra zona, en dos partes: una poblada por los hombres que defendían la Ley y otra donde pululaban los que iban contra ella.

¿Qué importaba que Lacy fuese un compañero o lo hubiese sido hasta entonces?

Al pasar «a la otra zona» había dejado de serlo y Dwight no debía sentir ninguna clase de reproche por llevar a cabo una investigación como aquella.

El resto del vehículo no tenía ningún otro detalle que pudiese interesarle y Alexander abandonó el garaje, saliendo poco después por el mismo lugar por donde había entrado.

Se limpió un poco de polvo que había caído sobre su ropa y contorneó la verja para detenerse, últimamente, ante la puerta de entrada.

Pulsó el botón del timbre.

Tres minutos más tarde, la puerta de la casa se abría y Alexander vio salir de ella a un hombre alto, de anchas espaldas que, en mangas de camisa, fue hacia la verja y abrió la puerta. Una sonrisa franca

entreabría ligeramente sus delgados labios.

Se estrecharon la mano.

—¿Alexander?

—Si, soy yo. Y usted debe de ser Lacy, el célebre Lacy.

—¿Célebre? —rió el otro.

Lo guió, haciéndole pasar a un saloncito donde reinaba gran desorden. Una estrecha escalera conducía al piso superior de la casa.

—Perdona todo esto —dijo Adam—, porque supongo que podemos tutearnos. Es la casa de un soltero.

—Ya lo comprendo,

—Siéntate dónde quieras. ¿Te apetece un trago?

—¿Por qué no?

Lacy buscó una botella y dos vasos, lavándolos en la cocina, que estaba al lado. Luego volvió, sirviendo y sentándose frente al visitante.

—¿Cómo signe el viejo Callowan? —inquirió.

—Como siempre. Ya le conoces. Está hasta la coronilla de trabajo, pero sigue dominando su mal humor.

—¿Te ha encargado de algo importante?

Dwight dudó unos instantes.

—Creo que puedo decírtelo…

—¡Como quieras!

—De todos modos, debes estar enterado. La prensa ha hablado mucho y sigue haciéndolo.

Lacy dijo:

—No digas más: es el asunto del robo a la joyería Jewis.

—Exacto.

—Feo asunto. Sobre todo con cuatro policías muertos.

—¿Cómo? ¿Han muerto todos?

—Sí. Esta, madrugada falleció el último.

—¡Qué lástima! Era una visita que pensaba hacer de las primeras. Ese hombre tuvo la suficiente serenidad para fijarse en ciertos detalles de la mayor importancia.

—¿Te refieres al cuarto cómplice, el del coche?

—Sí. Puede ser una excelente pista. Ya sabes que Callowan, más que de las joyas, aunque éstas representan un valor enorme, quiere descubrir la banda que utiliza a los adolescentes.

—Lo entiendo. Esa gente es la que ha hecho aumentar la criminalidad juvenil en el país. ¡Merecen una buena lección!

—Se la daremos.

—No es fácil. Nadie sabe nada. Lo más seguro es que ninguno de

los que actúan, y no hablo solamente de los jóvenes, sino de los «mentores» que les acompañan en los golpes, haya visto al jefe jamás. Deben recibir las instrucciones por teléfono.

—No importa. Estamos decididos a cazarlo y lo lograremos. Sabes, tan bien como yo, que la SIP no fracasa así como así.

—Te deseo mucha suerte.

—Gracias.

Fue en aquel momento cuando llegó un lamento hasta los oídos de Alexander. Procedía de la escalera y era seguro que había sido emitido en el piso superior.

Dwight pensó, inmediatamente, en el joven Flagg, que habla sido herido antes de que el misterioso «cuarto hombre» apareciese con su coche.

—Es mi gato —dijo Lacy con tranquilidad—. Está enfermo y el pobre se lamenta todo el rato. Ya comprenderás las manías de un soltero empedernido... un gato es mucha compañía.

Alexander sonrió.

—Eso de soltero empedernido no cuela, amigo. ¿O crees que no he leído la prensa?

—¡Bah! Todo eso ya ha pasado. Los hombres como nosotros, Alexander, no podemos mirar tan arriba, tan alto nos está prohibido...

Su rostro dejó ver un rictus de amargura.

—Los hombres de la SIP tienen muchas cosas vedadas. Y entre ellas se encuentra la felicidad.

—¿No exageras?

—En absoluto.

Hubo un silencio.

Los propósitos de Alexander iban cambiando velozmente. Cuando entró en la casa, antes de conocer personalmente a Lacy, no deseaba decir nada; pero ahora, al ver que aquel hombre sufría y que había tomado un camino erróneo, quizá movido por una deformación de la realidad, no dejó de impresionarle.

¿Por qué no intentar arreglarlo todo por las buenas?

—Adam...

—¿Qué?

—Voy a consultarte sobre un asunto delicado. Prométeme que me contestarás lealmente.

—Prometido.

—Imagina que visitas a un amigo que ha cometido un desliz... ¡Oh, nada grave! No ha asesinado a nadie, pero se ha apropiado de algo que no le pertenece, obstaculizando la marcha de la Justicia.

Todo se arreglaría si este hombre devolviese lo que se ha quedado. ¿Crees que podrías convencerle?

Lacy había entornado los ojos.

Una sonrisa irónica apareció en su boca y, sin dejar de mirar a su compañero, contestó:

—No sé qué decirte, amigo. El asunto es mucho más oscuro de lo que tú lo has planteado, —Y después de una pausa—: Imagínate que ese amigo tuyo está harto de ser pobre y que tiene la seguridad de poder convertirse en un hombre importante, al que dejen de estar vedadas ciertas cosas que desea con toda la fuerza de su alma.. ¿Crees que iba a ceder tan sencillamente?

—-Si no lo hace, está perdido.

—No lo asegures así. ¿Has visto alguna vez una corrida de toros?

—No.

—Yo sí. Estuve en México, hace dos años, y fui a verlas. Allí aprendí muchas cosas. Sobre todo, una: cuando un toro ha sido maleado; es decir, lo han lidiado clandestinamente, nadie más lo puede hacer. Se sabe todas las tretas, todas las artimañas y el torero ya no puede engañarle...

—¿A qué viene todo eso?

—A lo de antes. Si tu amigo conoce todo lo que puede hacerse contra él, porque él lo ha hecho antes miles de veces, no será nada fácil cazarle; puedes estar seguro.

—Es un juego peligroso, muy peligroso.

La sonrisa de Lacy se acentuó.

—Los franceses suelen decir «le feu vaut la chandelle»; es decir, el juego merece el peligro, la emoción. ¿No hemos hecho eso toda nuestra vida, Alexander? Hemos corrido tantos y tantos peligros, que una vida plácida y burguesa terminaría por estropearnos los nervios. ¿No es así?

Dwight no dijo nada.

Se acababa de dar cuenta de que todos sus esfuerzos habían sido baldíos y que Lacy no quería ceder, prefiriendo la lucha y el castigo.

—Quizá tengas tus razones para defender esa tesis —dijo, sin comprometerse. Y poniéndose en pie—. He despedido el coche. ¿Podrías llevarme a la ciudad?

—Mi coche está estropeado, pero saldré contigo hasta que encontremos un taxi.

Alexander preguntó:

—¿De qué marca es tu coche, Adam?

—Un Chevrolet descapotable.

— ¡Ah!

Y Lacy, mirándole fijamente, dijo:

—Eres muy listo, Alexander. Voy a coger la chaqueta y nos vamos.

Salió del salón y Dwight se quedó, sin saber qué pensar, meditando las últimas palabras del otro.

¿No habría cometido un error?

Como si Lacy hubiese leído sus pensamientos, su voz sonó a espaldas del joven agente.

—Has cometido uno muy gordo, amigo.

Alexander se volvió, encontrándose ante el cañón negro de la «Luger» del otro. Una feroz sonrisa aparecía en los labios de Lacy.

—Si Callowan estuviese aquí —siguió diciendo Adam—, te echaría una buena' bronca.

—¿Por qué?

—Porque, has obrado como un principiante. Dejaste que el taxi se acercase a la casa, cosa que oí perfectamente. Y luego, estúpido; tardaste quince minutos en llamar al timbre. ¿Qué creías que hacía yo mientras tanto? ¿Frotarme las manos? Te he visto entrar en el cobertizo, metiendo las narices donde no te importaba. Una curiosidad malsana, amigo Alexander.

Dwight le miró fijamente.

—¿Vas a matarme?

El otro lanzó una breve carcajada.

—Veo que me has tomado por un idiota. Matarte significaría algo definitivamente terrible para mí. Ya sabes que Callowan no perdona a nadie que quite de en medio a un agente suyo... No, no voy a matarte, pero no te hagas ilusiones. Si haces el menor movimiento, tiraré a la rótula y te dejaré cojo para toda la vida.

—¿Por qué no devuelves las joyas, Lacy? Todo podría arreglarse.

— ¡Déjate de consejos! He sido un hombre pobre, un miserable al que se le ha prohibido, como puede hacerse con un niño pequeño, jugar con un juguete de un bazar demasiado caro... ¡Estoy harto de Callowan, harto de todo! Quiero vivir mi vida, como me plazca, tener lo que deseo.

—No lo lograrás.

—Eso es lo que tenemos que ver. ¡Levanta las manos!

El otro obedeció.

—¡Vuélvete! Voy a quitarte la pistola. No me fio.

Alexander se volvió, maldiciendo el momento en que se había dejado engañar de aquella burda manera.

No pudo lamentarse demasiado.

Un golpe en la cabeza le hizo ver una llamarada fulgurante que le cegó; luego, como un pelele, se desplomó sobre la alfombra, quedando tendido en una cómica postura.

— ¡Imbécil! —rugió Lacy.

Le registró, repasó su documentación y encontró poco después el trozo de alfombra del coche.

—Muy listo —dijo, entre dientes—, pero no lo bastante para engañar a Lacy.

Ató sólidamente a su compañero y lo colocó después sobre un sillón, sentado por la fuerza. La cabeza de Dwight cala sobre el pecho.

Lacy murmuró:

—Tengo que darme prisa.

Subió de cuatro en cuatro los escalones y penetró en la estancia donde yacía Alex Flagg, mortalmente pálido, pero con una venda que le cruzaba el pecho.

Había pensado abandonarle, pero después, reflexionando, llegó a la conclusión de que le convenía mucho más tenerle con él. El plan estaba estudiado con todo detalle y no temía ni siquiera a los sabuesos de la SIP.

Se cargó el cuerpo, llevándolo hasta el cobertizo y dejándolo, cuidadosamente, en el asiento trasero, donde lo sujetó con algunos almohadones que colocó como cuñas, debajo del herido. Volvió después a la casa, recogió todo lo que podía serle útil y cerró la puerta, tras echar una ojeada al cuerpo inanimado de Alexander.

—Así —masculló— aprenderás a no meter las narices donde no debes.

Cerró la puerta y momentos más tarde abandonaba la casa, conduciendo el coche, cuya matrícula había tapado con un poco de barro. No le preocupaba mucho aquel detalle, ya que se dirigía hacia un lugar poco frecuentado por la policía.

En efecto, se adentró en la zona desértica de Bronx, deteniéndose poco después junto a una casita aislada. Una mujer vieja abrió.

—¡Hola! —Saludó al verle.

—Voy a meter a mi amigo.

— ¿Sigue grave?

—Sí.

Introdujo al joven en la casa, llevándolo directamente a una cama, en el piso bajo; después, volviendo donde estaba la vieja, sacó la cartera.

—Voy a darte seiscientos dólares, bruja; pero tú me respondes de

todo, ¿eh?

La mujer mostró al sonreír una boca desdentada.

—Pierde cuidado. Todo se hará como me lo has dicho.

—Eso espero. Dentro de un par de semanas volveré con más dinero.

—-Bien.

Entregó los seiscientos dólares a la vieja harpía, volviendo después al coche, que puso en marcha, alejándose de allí.

Se detuvo junto al bosque, esperando pacientemente a que llegase la noche. Cuando las tinieblas lo envolvieron, dirigió el vehículo hacia la costa, deteniéndose junto a un acantilado, en una curva peligrosísima.

Sacó el maletín que contenía las joyas y empujó después el Ford hacia el abismo. Dando tumbos, el vehículo cayó en el agua, hundiéndose rápidamente, ya que allí la profundidad era muy grande.

Lacy se frotó las manos.

Caminando sin dejar de sonreír, cogió un taxi un par de millas más abajo, haciéndose conducir a un almacén donde compró una maleta barata. Después fue a la estación, tras haber metido el maletín en la maleta, dejando ésta en Consigna, a nombre de William Porter.

Salió y volvió a coger el mismo taxi. Ordenó al conductor que se dirigía a la ciudad. Allí, abandonando el vehículo, penetró en un bar de la calle Ochenta y Dos donde, además de pedir comida, solicitó recado de escribir. Hizo un sobre, a Lista, de Correos,, a nombre de William Porter, poseía una falsa documentación con ese nombre.

Echó la carta, en un buzón cercano y, mientras se dirigía hacia la parte baja de Manhattan, encendió un cigarrillo y sonrió, completamente convencido do que no había olvidado nada.

CAPÍTULO V

DAN engrasaba cuidadosamente la pistola. La había desmontado y las piezas estaban esparcidas sobre la mesa, donde también había una botella y un vaso, aquella bien mediada y éste vacío.

El teléfono rompió bruscamente el silencio.

Dan Flower levantó la cabeza, con los ojos semi-cerrados, ya que tenía el cigarrillo entre los labios y el humo le molestaba. Dejando el cañón, que limpiaba en aquel momento con la acepillada baqueta, se puso en pie, yendo hacia la pared de donde pendía el teléfono.

—¿Diga?

—Soy yo. Flower,

Era la voz del Jefe.

—O.K. ¿Qué hay?

—Lo sabe todo, ¿verdad?

—Sí.

—Ya habrás visto que el asunto se nos ha ido de las manos, ya que ese tipo del coche nos ha ganado la partida.

—¿No será uno de la banda de Philips?

—No. Nunca han hecho cosas así. Yo creo que el joven Flagg tiene que ver algo con esto.

—¿Ese mocoso?

—No los pierdas de vista, Dan, se despabilan muy pronto. Debió de ponerse en contacto con el otro. Así se explica el que lo recogiese herido como estaba.

—Comprendo.

—No tenemos ninguna pista, pero no hay que dejar que la poli se nos adelante. He estado pensando en esto y llegado a la conclusión do que sólo una persona puede servirnos.

—¿Quién?

—-Dorothy Flagg.

—¿La hermanita?

—La misma. Ella sigue haciendo la vida de siempre, aunque está

muy preocupada por la desaparición de su hermano, Pero yo creo que todo eso son cuentos y que ella sabe perfectamente que no le ha ocurrido nada.

—-¿Sigue cantando en el Venus»?

—Sí.

—-¿Y qué hay que hacer?

—Interrogarla. Dentro de dos horas saldrá de «Venus». Hay que darse prisa porque la policía no tardará en echarla mano.

—De acuerdo. No se preocupe, jefe. La haré cantar sin necesidad de orquesta.

—No olvides que me interesa viva, Dan No seas demasiado brutal.

Una sádica sonrisa apareció en los gruesos labios de Flower.

—No tema, patrón..., seré dulce con la muñequita.

—Bien. Tenemos que saber, sea como sea, dónde está su hermano... y el otro, su cómplice. Es la única manera de encontrar la mercancía.

—O.K.

El jefe colgó.

Dan, encendiendo otro cigarrillo, echó una mirada al reloj de pulsera y se puso a montar la Luger. Las piezas del arma, limpias y engrasadas, brillaban en las manazas del gángster como si fuesen nuevas.

* * *

Frente a Callowan, Alexander tamborileaba la mesa del despacho, mordiéndose sin cesar los labios.

—Debes dominar tus nervios, muchacho.

—No puedo, señor. Es imposible, pero no puedo olvidar la idiotez que cometí en la casa de ese tipo.

—Olvídalo. Ahora, cuando nos traigan la prueba del laboratorio, sabremos a qué atenernos.

—¿Pero es que todavía no le cree culpable?

—Ya me conoces. Yo necesito muchas pruebas, cuantas más mejor. Tardo en decidirme, pero cuanto lo hago...

Era verdad.

La personalidad de Donald Callowan era sencilla, humana. Amaba a sus semejantes y su lucha era intentar rescatar a los que aún no se habían hundido demasiado en la senda del crimen. Por eso, siempre, tardaba en decidirse, esperando una rectificación.

Sólo al ver que no había posibilidad de esperar nada, Donald se convertía en una formidable máquina, algo que nada ni nadie podía

detener y que trituraba los obstáculos, hasta conseguir llegar a donde se proponía.

—Es un cínico, señor.

—Puede ser. Las personas como Lacy suelen ser complejas, muy difíciles de comprender. No obstante, en estos cinco últimos años, se ha portado maravillosamente bien. Y de no haber sido por el fatal encuentro con esa muñeca multimillonaria...

—Ha cambiado, señor Callowan; puedo asegurárselo. Yo me di cuenta en seguida. Sus ojos brillaban como los de un loco y vi que estaba dispuesto a todo.

—Es natural, si ha decidido escoger el camino equivocado.

—Además miente con un cinismo horrible. Cuando oí los lamentos del herido, me dijo que se trataba de un gato. Y cuando le pregunté de qué marca era su coche, me dijo, tranquilamente, que era un Chevrolet. ¡Sabiendo qué yo había visitado el cobertizo!

—-Comprendo.

—No me mató porque es demasiado listo para hacerlo. Sabía que se jugaba irremisiblemente la cabeza,

—Sí, es muy listo. Y va a darnos mucho que hacer, ya lo verás.

Los ojos de Dwight brillaron como ascuas.

—¡Déjeme seguir encargándome del caso, señor! ¡Déjeme hacerlo! Tengo una deuda con Lacy y deseo cobrársela antes de que ingrese en la cárcel.

DonaId sonrió.

—Yo nunca he pensado separarte del caso, muchacho.

—¡Gracias!

—Pero has de saber que Lacy me interesa... vivo y en buen estado. Hasta ahora jamás se había producido una cosa así. Es el primer traidor al Servicio que tenemos. Y hay que escarmentar a los que pudiesen pensar como él.

—Lo haremos.

Callowan lanzó un suspiro.

—Lo malo es que, si las pruebas de la sangre son ciertas, nos veremos obligados a dar publicidad al asunto. Va a ser bochornoso para la SIP, pero inevitable.

—Es verdad.

Donald dijo:

—No tenemos otro remedio. Porque, si se tratase de otro hombre, obraríamos en silencio. Lacy merece otro procedimiento. Tiene que saber que conocemos la verdad, que todo el mundo la conoce. Quizás, al verse descubierto por completo, se dé cuenta de que todavía es

tiempo y devuelva las joyas, constituyéndose prisionero.

—¿Qué pena tendría, si lo hiciese?

—Quince años y la expulsión, naturalmente. Claro que depende de muchas cosas...

—Entiendo. Aunque, señor, estoy seguro de que no se entregará,

—Peor para él. Mientras no cometa ningún delito de sangre, tendremos hacia él ciertas consideraciones; pero si mata..., ¡entonces lo cazaremos como a un perro!

La entrada del técnico del laboratorio cortó la conversación.

—¿Qué hay? —inquirió Donald.

—Sangre humana, señor. No hay ninguna duda.

—Gracias.

El hombre salió y Donald miró al agente.

—La suerte está echada. Ahora ya sabemos quién robó las joyas y se llevó al joven Flagg.

Y después de un silencio comunicó:

—Vas a volver a Nueva York e intentarás, por todos los medios, encontrar a Lacy. Es muy posible que sea incapaz de deshacerse de las joyas solo. Tendrá que echar mano de algún grupo de desaprensivos de la ciudad. Y no veo, por el momento, a nadie más indicado que John Philips.

—¿Ése?

—Sí. Los negocios le van bastante mal, gracias a nosotros, y creo que está maduro para cualquier, cosa. Si lograses hacer amistad con alguno de sus hombres, la cosa iría sobre ruedas.

—Lo intentaré.

—-¿Sabes dónde encontrarlos?

—Perfecto. Pero, por otra parte, no olvides que la gente que hizo el atraco, es decir, el hombre y la banda que buscamos, no van a quedarse tranquilamente Entrarán en acción, buscando a Lacy por todas partes. Ten cuidado con ellos. Son los más peligrosos. De ellos lo desconocemos todo y son precisamente los que nos interesan.

—Tendré cuidado.

—Tu misión es encontrar a Adam, ya que es él quien nos importa más que nada. La opinión pública va a pensar mal de nosotros si no lo detenemos en seguida; pero, si al mismo tiempo consigues información sobre quién dirige las bandas juveniles, mejor que mejor.

—Entendido.

—Yo voy a dar una nota a la prensa. Quiero proporcionar la última posibilidad de salvación a ese loco.

—¿No cree que intentará verse con esa millonaria?

—No le creo tan estúpido. El padre se volvería loco, sobre todo cuando sepa que se ha convertido en un ladrón. No conozco a la muchacha, pero pienso que dejará de pensar en él.

—Es muy posible.

—Eso es todo, Alexander. Y mucha suerte.

—Gracias, señor Callowan.

* * *

Echado en su habitación, en el hotel donde se había hospedado bajo el nombre de William Porter, Lacy leía los periódicos de la tarde.

Todos hablaban de él.

Su foto estaba en primera plana y los titulares le trataban de lo peor. Indudablemente, el que un agente de la SIP se hubiese convertido en un ladrón iba a ser el escándalo del año.

Lacy se acarició la barba que se había dejado crecer y que llevaba recortada cuidadosamente, así como el bigote. Poseía un rostro corriente y era muy difícil que le descubriesen, al menos por el momento.

Pero Adam conocía los procedimientos de la SIP y sabía que debía tener muchísimo cuidado.

Un paso en falso y… ¡zas!

Sonrió.

Dejando caer los periódicos, que se amontonaban sobre el lecho, encendió un cigarrillo, recogiendo después uno, del día anterior, que tenía sobre, la mesilla y en el que había marcado, con lápiz rojo, un anuncio en la página diecisiete.

> ***Nos hacemos cargo de cualquier clase de mercancía de venta improbable o difícil. Pagamos al contado y buen precio. Llamar al Mah-23-65-38.***

No era extraño que «alguien» se preocupase por el tesoro que Lacy había dejado en la Consigna. Y más ahora, conociendo la identidad del ladrón, estaban dispuestos a pagar un buen precio,' sabiendo que las joyas valían muchísimo más de lo que diesen.

Aunque era difícil encontrar tanto dinero junto.

El anuncio podía ser una trampa, incluso de la SIP, pero Lacy estaba dispuesto a obrar con cautela, ya que lo que le interesaba sobremanera era deshacerse de las joyas, convirtiéndolas en buenos

billetes de Banco de la Tesorería del Estado.

Se levantó y se vistió.

Poco después, en la calle, anduvo hasta entrar en un bar secundario en el que, tras beber un trago, se dirigió hacia la cabina telefónica.

Recordaba perfectamente el número del anuncio y lo marcó sin titubeos.

Esperó.

Al otro lado, la señal de llamada se repetía, incansablemente. Y Lacy estaba ya para colgar cuando oyó que descolgaban, llegando a él una voz ruda.

—Ello?

—-Es por el anuncio.

Hubo una vacilación al otro lado; después dijeron:

—Espere un momento.

Aguardó, hasta que se oyó una voz, ésta mucho más melosa que la anterior.

—¿Sí?

—He leído su anuncio.

—Bien. ¿De qué mercancía se trata?

—De la que usted sabe.

—Perfectamente..., perfectamente. No sabe usted cuánto nos alegra que haya comprendido en seguida,

—No soy tonto.

-—Lo sabemos. Vamos a pagarle muy bien, señor...

— ¡Por favor, déjese de nombres!

—Perdone. ¿Dónde y cuándo podemos vernos?

—Mañana. En el Museo de Historia Natural. Estaré en la sala de los animales antediluvianos.

—¿Cómo le conoceremos?

—De ninguna manera. Uno de ustedes, y sólo uno, no lo olvide, entrará allí, a las once, llevando un pañuelo verde en el bolsillo exterior de la americana.

—Comprendo.

—Y no olvide que no llevaré la mercancía encima. El hombre que venga a verme recibirá una señal mía en el momento oportuno.

—Comprendo sus preocupaciones, señor, pero le aseguro que no debe temer nada.

—Ya lo sé. ¿Por qué no viene usted, personalmente?

Hubo un silencio y Lacy preguntó:

—¿No me ha oído?

—Sí. ES posible que lo haga. ¡Hasta mañana, entonces!

—Adiós.

Adam colgó.

Había fruncido el entrecejo y se preguntaba quién podía ser el del anuncio. Desde luego, tomaría sus precauciones y si se trataba de la SIP, iban a equivocarse al creer que lo cogerían de una manera tan burda.

Abandonando el local, cogió un taxi. Echó una ojeada al reloj. Faltaban quince minutos para las diez de la noche y sintió que una buena cena no le vendría mal.

Además ya había elegido el lugar donde pasar la noche o, al menos, parte de ella.

No obstante, hizo que el taxista le llevase nuevamente a casa, donde se vistió con un traje oscuro, poniéndose una camisa blanca —había comprado muchas cosas desde que abandonó el hotelito de Bronx— y una corbata granate.

Una vez en el taxi ordenó:

—Lléveme al «Venus», por favor.

—Sí, señor.

Durante el trayecto, Lacy pensó en lo que podía ocurrir al día siguiente.

Aquél iba a ser uno de los pasos más peligrosos que habría tomado en su vida; pero la idea de llenar el maletín de dinero y poder llevar a cabo sus planes, hizo que olvidase los riesgos! Y cuando el taxi se detuvo ante el «Venus», Lacy sonreía, sintiéndose el mejor humor del mundo.

CAPÍTULO VI

DAN pidió otra cerveza antes de que las luces fueran tamizándose progresivamente hasta que una especie de semioscuridad reinó en la sala. Llevándose el vaso a los labios, degustó el líquido en un largo sorbo, dejándolo nuevamente sobre la mesa.

Estaba contento y satisfecho de la vida.

Cada vez que el jefe le llamaba, y hacía tiempo que no lo había hecho, se le presentaba, no solamente la ocasión de salir un poco del ambiente de quietud donde vivía, sino de hacerse con un buen puñado de dólares. Algo más de lo que el jefe le asignaba por semana.

Y no era poco.

Recordó, mientras la orquesta se ponía a tocar una música dulce, aquella tarde en que le llamaron por teléfono, contratándole, así como así, sin hacer caso de sus protestas, ya que él deseaba saber para quién trabajaba. Todo fue inútil y tuvo que aceptar.

¿Que quién era el jefe?

Al principio había pasado algunos malos ratos haciendo conjeturas, pensando mucho en aquel asunto, pero ahora, después de recibir cada semana su asignación, la mayor parte del tiempo sin hacer nada, poco le preocupaba la identidad del hombre que había sido capaz de contratar a Dan Flower por teléfono.

Debía de ser un tipo especial.

Dan no se ocupaba más que de la especialidad, su especialidad. Liquidaba a los demasiado curiosos, daba palizas de advertencia a los que se salían de la raya y, por último, procedía a los interrogatorios que interesaban al jefe, sacando de sus víctimas «todo lo que llevaban dentro».

Cada trabajo, según la categoría y los peligros que representaba, se traducía en un buen puñado «pavos», con los que Dan se daba la gran vida, emborrachándose hasta que sacaba el último centavo del bolsillo.

Un foco azulado cruzó la sala, como un largo dedo luminoso, señalando la salida del escenario donde, momentos más tarde,

aparecía Dorothy, vestida con un traje de noche, ceñido al cuerpo.

La canción empezó lánguida, tristona, melancólica y Dan frunció el entrecejo. No le gustaba aquella clase de música y hubiese preferido algo más movido: pero, de todos modos, la muchacha merecía la atención que el público le dispensaba, ya que se trataba de una preciosidad como Dan no había visto nunca.

Hacía tiempo, mucho tiempo, que no contemplaba a la artista y se percató de que había cambiado bastante. Su clase, aunque él no entendía nada de eso, también se había mejorado. Dorothy Flagg se estaba convirtiendo en una estrella de primera categoría.

La actuación constituyó, como de costumbre, un éxito extraordinario. Y el público, aplaudiendo sin cesar, logró hacer que Dorothy repitiese la canción, aunque no lo hizo más que con el trozo principal.

Dan llamó al camarero y pagó lo que debía.

Era la última actuación de la muchacha y debía salir fuera para poder recogerla antes de que se fuese; pero, de repente, pensándolo mejor, llamó a un botones y escribió una nota para la joven.

Tengo noticias de Alex. Venga a mi mesa y se las comunicaré.

No tuvo que esperar mucho.

Un poco pálida, Dorothy se acercó a la mesa que el botones le señaló, sentándose frente a Dan. El aspecto de aquel hombre no le pareció nada agradable; pero, desde que se había enterado de la clase de tipos que su hermano frecuentaba, no era para extrañarse.

Dan preguntó;

—¿Quiere beber algo, señorita?

—No, muchas gracias. Hablemos de Alex.

—Sí. Está en mi casa.

H-la le miró, con los ojos muy abiertos. Y durante nos minutos fue incapaz de decir nada.

Luego empezó.

—¿En su casa...?

—Sí.

—¿Cómo está?

—Mucho mejor.

—¿Qué quiere decir mucho mejor?

—Baje la voz, por favor. Su hermano estaba herido... y le abandonaron en plena calle. Tuve la suerte de pasar por allí y lo recogí. Estaba sin conocimiento y ha tardado mucho en decirme quién

era. Yo no lo conocía.

—¿No es usted entonces el hombre que lo cogió junto a la joyería?

—No. Se equivoca. Mi coche, como verá, es un Opel, un vehículo europeo... El hombre del Ford con los dos ceros en la matrícula abandonó a su hermano. Debía de ser un canalla,

—¿Ha estado muy grave?

—Bastante. Pero yo no he reparado en gastos...

—Le abonaré todo lo que me pida.

—No es eso, señorita. Lo gastado gastado está. Lo que interesa es que nadie sepa que lo tengo en mi casa. Ya comprenderá el compromiso que sería para mí el que la policía supiese que he protegido alguien a quien ella busca.

—Lo comprendo.

—En cuanto él me dijo quién era y que tenía una hermana trabajando en el «Venus», me he apresurado a venir. Quiere verla, señorita...

—Es usted muy amable. Voy a cambiarme en enseguida e iremos a verle.

—La espero.

Dan, al quedarse solo, no pudo por menos de sonreír. Su plan habla salido a pedir de boca. Y se congratuló de haberse mostrado a la altura ele las circunstancias, ya que el detenerla en la calle hubiera podido ser mucho más peligroso.

Había caído en el cepo como tina palomita, como lo que era: una palomita deliciosa.

Frunció el entrecejo.

Acababa de recordar las palabras del jefe y se dijo que debía dejar de hacer el tonto y pensar cosas raras. Aquella muchacha era, ni más ni menos, un interrogatorio más. Y su misión hacerla hablar.

* * *

Desde la mesa donde había cenado o primeramente, Lacy siguió el espectáculo con interés. Después, cuando Dorothy apareció en escena, se percató de la belleza de la muchacha, preguntándose cómo podía aquella deliciosa criatura tener un hermano como Alex.

Se dio cuenta igualmente de que la muchacha estaba preocupada, pero no como debía haberlo estado. Aunque aquello tenía una explicación.

Sonrió.

Al comparar la belleza de Dorothy con la de Margaret, tuvo que

confesarse que ésta salía perdiendo. Lo malo era que la artista no poseía los millones que la otra.

¿Cinismo?

Se acentuó su sonrisa. ¿Qué otra cosa le quedaba que serlo? Había quemado sus naves y si pensaba hablar con Dorothy era para intentar saber hasta qué punto estaba informada la policía del asunto de Fiagg.

«Aunque —pensó— con una mujer así puede hablarse de cualquier cosa, incluso del viento y de la lluvia...»

Al ver que ella iba hacia una de las mesas, para hablar con un hombre, Lacy, acostumbrado a observar y sacar rápidas conclusiones, su oficio le había enseñado muchas cosas, se dio cuenta de la palidez del rostro de ella. Y viendo la catadura del individuo que la había llamado, también sorprendió lo del botones, se percató de que había «alguien» que estaba haciendo gestiones.

Gestiones naturales y lógicas.

Porque, desconociendo el paradero de Alex y la gravedad de su estado, era normal que se pensase que la muchacha conocía algo del joven hermano. Y lo verdaderamente extraño era que la policía, como él pensaba, no se hubiese anticipado.

¿O lo había hecho?

De todos modos, aquel tiparraco que hablaba con la encantadora muchacha no parecía ser de la policía y menos de la SIP. Aunque era de sospechar que los del Servicio tuviesen vigilada a la chica, puesto que el hermano, era lógico, intentaría, tarde o temprano, entrar en contacto con ella, única persona en la que podía confiar plenamente.

La cara del tipo no le era del todo desconocida y aunque no pudo precisar su identidad, estaba completamente seguro de que lo había visto en los archivos de Washington.

Aquella seguridad le tranquilizó.

Porque, perteneciendo a una banda, quizá la que organizó el robo u otra que se interesaba por las joyas, aquel tipo no constituía ningún peligro para él; por lo tanto podía actuar con tranquilidad.

Pero para la chica...

Se mordió los labios imaginando lo que podía pasarle. Nada agradable, en modo alguno. Si el bruto aquel había ido para interrogaría —y no lo haría en el «Venus»—, podía esperarse todo.

¿Le importaba algo a él?

Por un momento, estuvo por volver la cara hacia otro sitio y olvidar lo que estaba sucediendo en aquella mesa. Pero después, impresionado, muy a pesar suyo, por la belleza de Dorothy, se dijo que, fuese como fuese, debía impedir que las manazas; de aquel tipo maltratasen a la muchacha.

«Ten cuidado— le advirtió su sexto sentido —y no te metas a Quijote. Hay mucha gente, demasiada, deseando echarte el guante. Si te entretienes en hacer de caballero andante, puedes cometer un error fatal...»

—Tendré cuidado —se dijo en voz baja.

Llamó al camarero y liquidó la cuenta, seguro de que la pareja no iba a tardar en salir. En efecto, la muchacha, que regresaba ahora vestida de calle, se dirigió, seguida de aquel bestia, hacia la puerta de salida.

Lacy les imitó.

Mientras el tipo recogía su gabardina en el guardarropa, Adam se les adelantó, cruzando la calle junto a la parada de taxis.

La pareja salió y se dirigió hacia un Opel biplaza, de color gris, que estaba aparcado junto al establecimiento. Al ver que ella penetraba confiadamente, Lacy salto al taxi.

—Siga a ese Opel.

El chófer le miró de arriba abajo.

—No estoy autorizado a hacerlo.

Adam se mordió los labios, sacando la placa ele la SIP, que colocó junto a las narices del conductor.

—¿Y ahora?

—Perdone. No tengo obligación de leer en las mentes de los clientes.

Puso el vehículo en marcha, siguiendo al otro, que no iba demasiado aprisa.

Tomando la Sexta Avenida, se dirigieron hacia el norte de la ciudad, penetrando después en la calle Sesenta y Tres Este, donde se detuvo el Opel ante un edificio color pardo.

El taxista paró en la esquina, demostrando que no era la primera vez que hacía aquello.

Lacy se pegó a la pared y avanzó hacia la puerta por la que la pareja había penetrado. AI llegar allí, oyó: el ruido del ascensor y penetró en el vestíbulo, acercándose a la caja y mirando el punto luminoso que iba señalando les pisos por los que pasaba el vehículo.

Éste se detuvo en el doce.

Despreciando el ascensor, Adam sé lanzó por la escalera llegando arriba con la respiración silbante; el corazón latiéndole con doble intensidad que la normal. Un pasillo oscuro se extendía de izquierda a derecha y el joven acertó a ver una raya de luz debajo de una puerta, señalándole así, antes de apagarse, el lugar donde la pareja había penetrado.

Se acercó a la puerta.

En medio del silencio de la noche, le llegó un rumor apagado de voces y después el tintineo característico de unas copas al chocar con el gollete de una botella.

Luego hubo silencio.

Pacientemente, Lacy esperó media docena de minutos. Hasta que, como esperaba, el chasquido brutal de una bofetada y un lamento apagado llegó hasta él.

¡No se había equivocado!

Otra vez, mientras sacaba el juego de ganzúas del Servicio, del que no se había separado, le advirtió su sexto sentido, ordenándole que se largase de allí. Pero el espíritu aventurero que le dominaba no tardó en vencer, con facilidad, aquellos escrúpulos y temores. En pocos segundos, después de probar dos de las ganzúas, sintió que la cerradura funcionaba.

Levantó la puerta, moviéndola con cuidado para no hacer ruido.

Al cerrarla, a su espalda, oyó una nueva bofetada y un lamento de la muchacha.

Avanzó por el pasillo, poco a poco.

A medida que lo hacía, la voz del hombre le llegaba distintamente, hasta que pudo comprender lo que decía,

—No hagas la idiota, preciosidad. No tienes más que decirme dónde se encuentra tu hermanito y te dejaré tranquila. Pero si intentas engañarme, vas a pasar un rato bastante malo.

Dorothy dijo:

—Le he dicho que no sé dónde está Alex.

—Eso no puede ser verdad. La primera persona a la que el habrá comunicado algo, habrás sido tu.

Es posible que no conozcas la dirección exacta, pero puedes decirme si te ha llamado.

—No, no lo ha he...

La bofetada sonó ahora muy fuerte, corno si alguien hubiese golpeado una madera hueca.

—¿Quieres que estropee tu lindo rostro, muñeca? ¿Ves esta colilla? Te la pegaré a la piel y ya no tendrás más posibilidades de cantar para nadie.

—¡No, no haga eso!

—¿Vas a contestar?

—Sí.

Lacy, ya junto a la puerca de la habitación donde estaban los dos, escuchaba con todos sus sentidos al acecho.

—-Me llamó por teléfono.

El hombre dejó oír una, risita cortante y breve. —-¡Aiajá!l Eso está mejor, preciosa... ¿Y qué te dijo?

—No era Alex.

—¡Ah!, ¿conque no era Alex? Bien, ¿y quién era? —No lo sé. Un hombre que hablaba con una voz muy rara. Me dijo que no tuviese cuidado, que mi hermano estaba bien y que no dijese nada a nadie de aquella llamada, incluso a.la policía.

—¿No te dijo nada mas?

—No.

—-¡Perra! Intentas engañarme, pero de nada te servirá... Ninguna muñeca, por linda que sea, puede engañar a Dan Flower sin arrepentirse toda la vida de ello.

Lacy sonrió.

¡Dan Flower!

Ahora recordaba perfectamente el expediente de aquél granuja, como si lo tuviese ahora ante los ojos.

Había llegado el momento de actuar, antes que Dan Hiciese alguna barbaridad. Y Lacy, agarrando el pomo de la puerta, al tiempo que sacaba la pistola, la abió sin preocuparse de si hacía ruido o no.

— ¡Cuidado con las manos, mastuerzo! Dan se volvió, corma una pantera sorprendida, mirando al intruso con los ojos inyectados en sangre. —Levanta los brazos.

Se acercó a él, alargando el brazo derecho para coger la pistola, cuya culata era visible fuera de la sobaquera: Y fue en aquel momento cuando Dan, seguro de que no podía fallar, se lanzó sobre él.

Lacy se hizo a un lado, como una exhalación, dejando pasar al otro, como un torero hace con un toro; pero cuando el otro pasaba, Adam, le propinó un golpe formidable con la pistola, haciéndole exhalar un quejido antes de perder el conocimiento.

Miró a la muchacha aterrorizada en el sillón donde estaba sentada.

—¡Lárguese!

Ella se puso en pie, temblando de pies a cabeza.

—Váyase, señorita Flagg, y desaparezca ce la ciudad. Ya se habrá, dado cuenta de que la buscan: Todos la buscan y no pararán hasta hacerle daño de verdad...

—Tiene usted razón.

—¿La ha llamado la policía?

—SÍ.

Lacy frunció el entrecejo.

—¿Qué les dijo?

—Nada, la verdad. Que ignoraba el paradero de Alex.. Aunque lo hubiese sabido, no se lo hubiera dicho. ¡Le buscan para llevarlo a la silla eléctrica! Así se lo dije a la policía y a aquel hombre de la SIP que vino a verme.

Adam no pudo evitar un estremecimiento.

—¿Un hombre de la SIP? ¿Un pelirrojo alto?

—Sí. ¿Le conoce?

Era Alexander.

—Le he visto alguna vez.

—Y usted... ¿quién es?

—Eso no importa. —Lacy sonrió—. Váyase y, si es posible, aléjese de la ciudad. ¿No tiene ningún sitio donde ir?

—En casa de mi tía Helen.

—Vaya entonces allí. Y no se mueva, ni diga a nadie que se ha ido. Porque, si lo dice, otros hombres como éste harán que lo pase mal.

—No sé cómo agradecerle su intervención...

—Yéndose y haciéndome caso.

—Es usted muy bueno.

—No lo crea. Lo que ocurre es que aún me quedan algunas cosas de las que, si quiero seguir con vida, he de deshacerme en seguida. Cosas del oficio..., de mi oficio de antes. Ya sé que no lo entenderá, pero es igual. Váyase y no vuelva al «Venus». Salga de la ciudad mañana mismo; es decir, hoy mismo, puesto que son las dos y media.

—Así lo haré.

—Un momento .¿Es verdad que la llamó un tipo, de parte de su hermano?

—Sí. Creí que era éste. Por eso le seguí sin desconfiar.

—Está bien. Adiós.

—Adiós..., y muchas gracias.

Lacy oyó que la puerta se abría y se volvía a cerrar. Sonriendo entonces se agachó, quitando la Luger a su enemigo.

Se guardó el arma.

«Nueva York—.se dijo —se está poniendo demasiado mal para ti, Lacy. Debes largarte cuanto antes. Liquida las joyas y piérdete. Si las hubieses vendido ya, no te habría venido mal del todo el haber ido, en compañía de Dorothy, a conocer a esa tía Helen...»

Dan lanzó un gruñido, demostrando que estaba volviendo en sí.

Momentos después se incorporaba, dejándose caer en un sillón vecino. Se pasó la mano por la cabeza, retirándola llena.de sangre y

lanzando una maldición horrible, miró a Lacy.

—¡Asqueroso cobarde!

Luego se dio cuenta de que estaban solos.

—¿Cómo? ¿La has dejado marchar?

—Sí.

—Debes estar «grillao». ¿Eres de los de John Philips?

—No.

—¿Trabajas por tu cuenta?

—Sí.

—No te conozco, pero debes de estar loco de remate. ¿Sabes que has dejado escapar la ocasión de meterte un par de miles de dólares en el bolsillo? Si hubieses hablado conmigo antes, todo se hubiera arreglado.

—Poco dinero.

—Quizá te hubiesen dado más.

—¿Quién?

—¿Y eso qué importa ya? Has metido la pata, estropeándolo todo..., a menos que seas de la poli.

—No; no lo soy.

Dan suspiró.

—¡Buena la has hecho! ¿Qué demonios buscabas cuando nos has seguido? Seguro que creías que éramos una pareja con cuartos..., quizá te engañaron las ropas. ¡Era algo mucho más importante lo que buscaba yo! ¡Y has tenido que estropearlo todo!

—No he estropeado nada.

—¡Tú qué sabes!

—Más de lo que te imaginas. Si buscabas las joyas de la Jewis, no has perdido el tiempo.

—¿Eh?

—¿Las buscabas?

El otro tardó en contestar.

—Sí. ¿Por qué?

—Porque yo soy Adam Lacy, el tipo que las tiene.

El otro abrió la boca, de una manera tan espontánea, que Lacy no pudo evitar una sonora carcajada.

CAPÍTULO VII

CON los puños cerrados y los dientes apretados, John miró al italiano.

—¿Estás seguro de lo que dices, Vendetta?

—Seguro, jefe. Ese tipo se ha reído de nosotros. Yo estuve, con el pañuelo verde y con lunares, entre aquellos montones de huesos, aquellos bichos asquerosos. Luego, cuando cerraron, me largué. Pero no apareció nadie.

—No lo comprendo.

—-La sala estuvo llena de niños toda la mañana. Colegios y más colegios que visitaban el Museo... —-No lo entiendo.

—¿No será, algún bromista, jefe?

—No. Yo sé lo que me digo. Cuando telefoneé y me puse al aparato, me di cuenta de que era él, ese tipo de la SIP. No me cabe la menor duda.

Y después de una pausa dijo:

—Lo que ocurre es que tiene miedo. Desconfía de todo el mundo —Sonrió— .Y en eso tiene algo de razón. Quizá crea que lo del anuncio ha sido puesto por la SIP.

—Es posible.

—Ese tipo se considera acorralado y obra con muchísima prudencia. Creo que llamará otra vez.

—¿Y si no lo hace?

John aseguró:

—Lo hará. ¿Sabes que Erle quiere presentarme a uno nuevo?

—¿Sí?

—Sí. Un tipo que viene de Chicago. Taylor está entusiasmado con él, pero yo, como de costumbre, no me fío.

—¿Vas a llevárselo a Bronx?

John sonrió.

—Claro. Ya he ordenado a Erle que lo invite a comer en el «Lucy». Dentro de un rato pasaremos por ahí. Ya veremos, pero, cambiando de tema y volviendo a lo nuestro, te he de decir que toda nuestra mala

pata es no conocer a ese tipo renegado de la SIP. Las fotos que ha publicado la prensa y proyectado la TV no nos dan más que una ligera idea de él. No vayas a creer que se pasea por las calles con la misma «jeta».

—¿Crees que se habrá hecho la cirugía estética?

— ¡No seas estúpido! No le habría dado tiempo. No, se habrá modificado un poco el aspecto del rostro: eso es todo. Pero, de todos modos, lo bastante para que no le reconozcamos.

Luigi encendió un cigarrillo.

—He pensado mucho en este asunto, jefe.

—¿Y qué?

—Que no creo que vamos a sacarle las joyas así como así.

—¿Qué te hace pensar de esa manera?

—Ese tipo es listo. Nos lo está demostrando. Y seguramente tiene la valiosa mercancía muy bien escondida.

—En eso confío.

—No te entiendo.

Philips volvió a sonreír.

Lo importante es echarle el guante. Una vez consigamos llevarle a cualquier sitio, puedes tener la seguridad de que hablará como un papagayo. Ya conoces mí manera de obrar en esos casos.

—¿Y si se muestra duro?

—Es posible, pero no olvides que un hombre que hace lo que él ha hecho es alguien que desea vivir. Y en última instancia preferirá que le respetemos la piel y nos entregará el cargamento.

—¿No habrá entrado en contacto con alguien que le inspire más confianza que nosotros?

—No lo sé. Aunque me he leído todos los periódicos y no hay nada en la sección de anuncios que demuestre lo que tú dices.

—Mejor es así.

Fue en aquel momento cuando el teléfono sonó, desgarrando el silencio que se había hecho después de las esperanzadoras palabras del italiano.

John miró, con prevención, hacia el aparato, extendiendo después la mano para apoderarse del micro teléfono.

—¿Diga?

Hubo una pausa; después comunicó:

—Soy el que preguntó por el anuncio.

Philips guiñó el ojo al italiano.

—Estamos un poco enfadados con usted, señor —dijo, con tono conciliatorio en la voz.

—¿Por qué?

—Porque no se presentó usted a la cita.

—¿Qué le hace pensar así?

—Mi enviado se pasó toda la mañana en el museo y nadie le dijo nada.

—Ya lo sé. Comprenderá, amigo Philips, que no podía fiarme de nadie, al menos por el momento.

John había palidecido.

—¿Cómo sabe mi nombre?

El otro rió, en el extremo del hilo.

—¿Olvida quién soy? Reconocí a Vendetta en cuanto lo vi. Pero no podía conocer sus verdaderas intenciones y tuve que cerciorarme de que venía solo. Cuando estuve seguro y volví al museo, ya se había ido.

John tragó saliva.

—Lo comprendo.

—-Ahora es distinto. Conozco a Luigi y quiero verle llegar hoy, completamente solo, al mismo lugar. Esta vez voy a llevar la mercancía. No olviden ustedes llevar también el dinero.

Philips dijo:

—Todavía no hemos hablado de precio.

—Por eso le he llamado, amigo John...

—¿Cuánto quiere?

—Bastante. Y le confieso que no sé si va usted a disponer de esa suma.

—¿Qué se lo hace creer?:

—El estado de sus negocios. Vuelvo a recordarle mi antigua profesión.

—He pedido dinero y tengo; lo suficiente para pagar.

—¿De veras?

—Si. ¿Cuánto?

—Lo daría por siete.

Philips se mordió los labios. Tenía que hilar fino. —No tengo más que seis:—dijo.

Hubo una nueva pausa.

—¿Seis? —inquirió su interlocutor—. Me gustaría saber de dónde los ha sacado.

—Eso no importa. No puedo darle más.

Otro silencio; luego dijo:

—Es usted muy listo, Philips. Pero ya sabe que no tengo más

remedio que deshacerme, cuanto antes, de la mercancía. De acuerdo.

El rostro de John se iluminó.

—Llevaremos el dinero; es decir, lo llevará Luigi. ¿A qué hora debe ir?

—A las doce y media. Treinta minutos antes de que cierren.

—No le haga usted esperar demasiado. A Luigi le ponen nerviosos esos esqueletos de animales.

—No tema. Seré puntual.

—O.K, Hasta luego.

—Adiós.

John posó el micro teléfono y miró a su colaborador. Su rostro estaba radiante.

—Lo tenemos en el saco —dijo.

Y éxplicó al otro todos los detalles.

—Cogerás un buen fajo de papel de periódico y lo meterás en una cartera que voy a darte.

—¿Y cuando me pida la pasta?

—No te preocupes. Rodearemos el museo y habrá muchachos nuestros en todas las salidas. Estoy dispuesto a jugarme el todo por el todo. No escapará.

—Bien. ¿Y la poli?

—No tendrá tiempo de intervenir. Nada sabe de esto; no tardaremos mucho en embarcar a ese tipo.

Consultó el reloj.

—Voy a prepararte todo lo necesario. Luego iremos al «Lucy»,Taylor y el nuevo estarán ya allí. Si es de ley, mejor que mejor, vamos a necesitarlo, en seguida.

Preparó los periódicos cortados y llenó con ellos una flamante cartera de piel de cerdo. Luego, después; de entregársela al italiano, salió con él, cogiendo el coche para dirigirse al «Lucy».

El «Lucy», en La calle Ciento Veintiséis, bordeaba Harlem y era un estacionamiento aparentemente tranquilo, dedicado sobre todo a servir comidas. La sala era amplia y habla una especie de balcón, con palcos aislados en los que los clientes da categoría solían comer apartados del resto. Enfrente, completamente invisibles, había una especie de mirillas que daban a un pasillo donde estaba el despacho de Brown, el dueño del local.

John y su acompañante entraron por la puerta destinada exclusivamente al patrón, siendo recibidos por éste, un tipo bajo y que frisaba la cincuentena, con muestras de alegría;

—¡Dichosos los ojos que te ven, Philips!

—He tenido muchos quebraderos de cabeza en estos últimos tiempos, Charles.

—¿Van bien las cosas ahora?

—-Así, así... Pero no puede uno quejarse del todo. Ya te imaginarás a qué venimos.

—No lo sé.

—Hay un tipo nuevo que quiere trabajar con nosotros. Está con Taylor en la sala.

—Bien. Le echaré una ojeada.

Brown se había hecho célebre entre los jefes de las bandas de Nueva York, por su fabulosa memoria y su experiencia única. Había, pasado más de la mitad de su vida en la cárcel, siendo interrogado miles de veces. Y lo bueno es que no había olvidado ni uno de los rostros de sus interrogadores.

A Brown se le conocía entre los bandidos como «el Archivo». Y pagaban lo que él pedía por una de aquellas identificaciones que, la mayor parte de las veces, les evitaban perjuicios mayores.

Precediendo a sus dos amigos, Charles se dirigió hacia el pasillo de las mirillas. Habla apagado previamente ia luz del pasillo, de manera a que el reflejo no fuese visible desde el exterior,

No tardó mucho en ver a Taylor.

—Se ha sentado junto a la orquesta. No es tonto Es un sitio excelente para ver desde aquí.

Guardó silencio y, a su lado, John y Luigi no dejaban de mirarle con interés.

Se imaginaban aquel portentoso cerebro pasando en desfile los miles de rostros que tenía grabados .en la memoria, como una película interminable.

Durante unos diez minutos, Brown observó detenidamente el rostro del hombre qué acompañaba a Erle y que estaba sentado junto a él, en la misma mesa. Finalmente, cerrando la mirilla, se volvió hacia sus visitantes, mirando a John.

—Mal asunto, amigo.

—¿Quién es?

—Me ha costado bastante reconocerlo, pero ahora no tengo ninguna duda de su identidad.

—¿Quién es? —insistió Philips.

Charles dijo:

—tipo de la SIP.

—¿Seguro?

— Seguro. Me interrogó en Washington hace tres años, cuando

aquel asunto de drogas, el último en el que me metí. Lo tengo, fresco en la memoria. John. Puedes estar seguro de que no me equivoco. ¡No hay más que ver su pelambrera rojiza!

—Comprendo., Ese tipo intenta que lo guiemos hacia el otro.

—¿Hacía ese Lacy?

—Sí.

—Ahora lo entiendo todo—-dijo Charles —¡Ese tipo es fantástico! Toda la policía de la ciudad le anda detrás. Y encima sus compañeros de la SIP... ¡Y no lo han cogido aún!

John no le escuchaba.

Su cerebro se había puesto a trabajar a toda velocidad y no tardó en encontrar lo que deseaba;

—Este pelirrojo debe conocer muy bien a Lacy, ¿no es verdad, Brown?

—¡Naturalmente! Si no se lo supiese de memoria, no le hubieran enviado en su busca.

Philips sonrió.

—Creo que todo esto demuestra que la suerte se nos está poniendo de nuestra parte. ¿Me dejas llamar desde tu despacho, Charles?

— Ya sabes que estás en tu casa.

—Gracias.

Una vez en el despacho, John marcó el número de la central del «Lucy»; después, volviéndose a Brown, preguntó:

—¿Qué número tiene la mesa de Taylor?

—El treinta y tres.

—Bien. Señorita. Póngame con el treinta y tres; por favor.

Y momentos después preguntaba:

—¿Erle?

—El mismo, patrón.

—Bien. Escucha. No hace falta que contestes ni digas nada. No quiero tampoco que ese tipo que tienes al lado oiga la conversación. No, no contestes. Vas a tomar, algo y te vas con él al bar que hay frente al museo de Histeria Natural. Tienes que estar allí a las doce menos cuarto. Sentaos en un sitio desde donde podáis vigilar y no os vean. Yo, con algunos muchachos, llegaré un poco más tarde. Has como si no me conocieras. Y espera los acontecimientos, pendiente de ese tipo que te acompaña. Voy a cortar. Ahora puedes decirme adiós.

—Adiós.

Una sonrisa de triunfo se pintó en el rostro de Philips.

— Es el mejor cepo que he preparado jamás —dijo—. Esta vez,

ese Lacy no se nos escapará.

Pagó a Charles por su trabajo; luego salió con Luigi.

—Tú harás lo de siempre, muchacho. Entrarás en el museo, a las doce y diez, como si nada, Pero de todos modos no pierdas de vista el bar de enfrente. Se ve desde los ventanales de las salas. En cuanto nos veas actuar, sales y nos echas una mano. Os necesitaremos a todos.

—Bien. ¿Cuál es tu idea?

—Una magnífica, Luigi.

—¿Se puede saber?

—¿Por qué no? Ese tipo pelirrojo busca a Lacy. Nosotros vamos a ponérselo delante, ya que él podrá conocerlo inmediatamente. En cuanto lo reconozca, entraremos en acción y no dejaremos que se escape. No olvides que va a llevar las joyas. Nosotros tendremos tres coches y los muchachos que hagan falta.

»Antes de que se dé cuenta de lo que pasa, ya estará dentro de uno de los vehículos, camino de un lugar del que nunca se vuelve con vida,

Y lanzó una carcajada, imaginándose todo lo que podría hacer con aquel tesoro que su inteligencia y su buena suerte pondrían, antes de tres horas, entre sus ávidas manos.

CAPÍTULO VIII

A pesar de la risa de Lacy, Dan siguió con la boca abierta.

—¿Sorprendido, eh? —inquirió jovialmente Adam.

Flower lanzó un suspiro.

Había olvidado el golpe que acababa de recibir y sólo sentía admiración hacia el hombre que tenía delante.

¡Nunca lo hubiese creído! —-suspiró.

—Pues ya rne tienes aquí, amiguito. ¿No buscabas las joyas?

—Sí, pero...

—No hay peros. Tú las buscas y yo quiero deshacerme de ellas. Conque ya puedes preparar el dinero. Quiero siete millones.

—¿Siete millones? —ahora fue el otro quien lanzo una sonora carcajada—. ¿Con cuántos ceros se escribí eso?

Lacy frunció el entrecejo.

—¿Quieres decir que no tienes bastante dinero?

—¿Yo? ¡Te has equivocado de piso, muchacho! Claro que no soy yo quien ha de comprar las joyas.

—¿Quién entonces?

—-El jefe.

—¿Quién es?

Dan sonrió.

—Quizá creas que intento engañarte, pero te juro que ni yo le conozco. Siempre he hablado con él por teléfono y creo que camufla un poco la voz. No sé nada de él. Se limita a darme órdenes y yo obedezco.

—¿No puedes llamarle?

—No. Es él quien llama siempre. Pero no tienes que preocuparte. No tardará mucho en hacerlo.

—¿Por lo de la chica?

—Sí. Querrá saber lo que he logrado.

—Comprendo.

Lacy consultó el reloj.

—Debo irme.

—¿Cómo? ¿No vas a esperar a que llame?

—No puedo. Tú le cuentas lo sucedido y yo te llamaré mañana, alrededor de mediodía. No te muevas de aquí.

Y tomó nota del teléfono de Flower.

Luego pidió:

—Di a tu jefe que no rebajaré ni un centavo del precio que he dicho. Toma.

Y le tendió la pistola que antes le había quitado.

—Eres .un buen tipo —dijo Dan—. Lástima que hayas estado hasta ahora al otro lado, junto a esos tiparracos de la SIP.

—Eso ya ha pasado. Me largo.

Dan le alargó la mano y el otro se la estrechó, cordialmente.

—No olvides que te llamaré mañana.

—No me moveré de aquí.

Una vez Lacy estuvo fuera, Dan encendió un cigarrillo, sonriendo al pensar en la buena suerte que había tenido. Todavía no se explicaba bien la intervención de Lacy en el asunto de la muchacha, pero tuvo que llegar a la conclusión de que Adam debía haberse enamorado de ella.

Habían apenas pasado quince minutos cuando el teléfono sonó.

—¿Sí?

—¿Has obtenido algo, Dan?

Era la voz del jefe.

Flower le hizo un relato detalladísimo de cuanto había ocurrido y el otro escuchó en silencio.

—¿No ha sido una suerte imponente, jefe? —concluyo, Dan...

—Sí, pero, no hay que fiarse demasiado. Creo poder explicarme el que ese Lacy haya intervenido a favor de la muchacha, Debe de haber sido el hermano de ésta, el canalla de Flagg, quien le ha inducido a hacerlo.

—¿El chico que trabajaba para nosotros?

—Sí. Se quiere hacer pasar por un hombre listo, pero no le perdonaré el haberme engañado. La mercancía era nuestra, sin más gastos, ya que nosotros planeamos la operación... pero él nos traicionó con ese Lacy de todos los demonios.

—¿Qué vamos a hacer?

—Esperar a que llame. Voy a mandarte a alguien de mi máxima confianza, un tipo que no tiene frío en los ojos. En cuanto el otro llame, citándoos, iréis los dos. Ya te dirá el otro lo que hay que hacer.

—¿Llevará el dinero?

Hubo una pausa.

—Sí. No te preocupes por nada.

—Bien, jefe.

—No te muevas de ahí bajo ningún concepto.

—O.K.

—Adiós.

Y el jefe cortó.

* * *

Lacy se levantó muy temprano. Después de ducharse y afeitarse cuidadosamente su barba en collar, que le daba un aspecto bohemio, sin que eso llamase la atención, salió del hotel y desayunó copiosamente en un «drugstore» de las cercanías.

Después fue a la estación.

Mostrando su falsa documentación, a nombre de Wllliam Porter, retiró la maleta de la Consigna. Después tomó un taxi que le dejó ante unos grandes almacenes del centro de Manhattan.

Allí compró una cartera grande de color café, pasó a los servicios y abandonó maleta y maletín después de pasar las joyas a la cartera. A la vista de toda aquella fabulosa fortuna, sonrió, pensando en muchísimas cosas raras.

De nuevo en la calle, paseó durante gran parte de la mañana, yendo a Central Park para aprovechar del tibio calor que el sol de aquella mañana invernal proporcionaba gratuitamente.

Como si nada le preocupase, contempló las parejas de enamorados y los pájaros que trinaban entre las ramas de los árboles. Al fondo, las altas y grises siluetas de los rascacielos ponían una nota insólita comparada con el parque.

Estuvo allí hasta las once y media. Después fue a restaurarse, cosa que hizo en un local de la Quinta Avenida.

A las doce menos cinco, tomó un taxi, haciéndose conducir al museo de Historia Natural, rogando al taxista que se detuviese antes de llegar.

Una sonrisa apareció en sus labios al ver los tres vehículos aparcados en las proximidades. Pensando en que había llegado el momento crucial para él, avanzó hacia la entrada del museo, con la cartera bajo el brazo, apretándola fuertemente contra el cuerpo.

El sol, a aquella hora, era magnifico y había gente que se había atrevido a sentarse a tomarlo en las terrazas de los cafés vecinos. Lacy se dijo que aquella gente no tenía las preocupaciones que él, pero

pensó que muy pronto podría permitirse una existencia muchísimo mejor que la de aquellas personas.

Se dirigió hacia la entrada del museo.

* * *

Taylor se bebió el vaso de «whisky» de un trago; luego, volviéndose a su compañero, comentó:

—¿Buena vida, eh?

El pelirrojo sonrió.

—Yo prefiero hacer algo. Desde que salí de la prisión, no he visto un buen puñado de dólares.

—Ya los verás.

—¿Pronto?

—Si.

—¡Cuánto me gustaría trabajar con vosotros!

—El jefe no ha puesto oposición alguna.

—¿Tenéis algún golpe en proyecto?

Erle sonrió.

—Siempre hay algo en preparación. Ya veremos.

Había visto a John y a ocho hombres más que, en grupos de a dos, ocuparon las mesas vecinas. Se preguntó qué demonios debía, de estarse preparando, ya que había visto también los coches de la banda, aparcados unos metros más allá.

Miró hacia el museo.

Grupos de niños entraban y salían constantemente, acompañados por hombres secos o muchachas seriamente vestidas y casi todas con gafas.

¡Colegiales!

Taylor pensó en las pocas semanas que había ido a una escuela nocturna, hacía ya muchísimo tiempo. Y pensó en las torturas que aquellos pequeños debían sufrir con los libros. Por suerte para él, pensó, se había librado a tiempo de todas aquellas estupideces.

El pelirrojo también miraba a los niños.

Pero su mente estaba muy lejos de allí, concentrada en el problema de su misión y preguntándose cuándo iba a llegar el momento en que la banda le condujese hasta Lacy.

Había seguido las instrucciones de Callowan e ingresado en la banda de John, al que no conocía personalmente ni había visto aún. Las cosas iban, por el momento, bien, pero Alexander hubiese deseado que se desarrollasen más aprisa, ya que ardía en ganas de encontrarse ante el hombre que, además de haber traicionado vilmente al Servicio,

había despreciado suciamente las amistosas propuestas que él le había hecho .golpeándole a traición y burlándose de él.

Apretó los puños.

Y fue en aquel preciso instante, cuando le era imposible contener la cólera que le dominaba, cuando le vio acercarse a la puerta del museo. Nada importó la barba y el bigote que llevaba, porque Dwight lo hubiese reconocido de cualquier forma.

—¡Es él! —exclamó sin poderse contener.

Y se puso en pie.

Algo insospechado se desarrollo a su alrededor.

Los hombres que, en las mesas vecinas, tomaban plácidamente sus aperitivos, se levantaron, al unísono, corriendo hacia Lacy que, dándose cuenta de aquello, se volvió y echó a correr avenida, arriba.

Unos metros más allá cogió un taxi, en el justo momento en que los hombres del bar subían a sus vehículos.

—¡Vamos, muchachos! —exclamó Erle.

Corrieron también, subiendo, casi en marcha, al último coche que arrancaba ya.

—¿Quién es esa gente? —inquirió Alexander, que no comprendía aún lo que pasaba.

—La banda nuestra. Ya has visto que estábamos preparados.

La luz se hizo en el cerebro de Dwight.

¡Habían utilizado su conocimiento de Lacy para descubrirle!

No eran tontos, desde luego. Y, amargamente, tuvo que llegar a la conclusión de que también conocían su verdadera identidad.

Pero ¿qué importaba?

A partir de aquel momento, estaba dispuesto, a la primera ocasión, a obrar solo, impidiendo que la banda se apoderase de las joyas y capturando al verdadero culpable.

Siguiendo al taxi, los vehículos se lanzaron en veloz carrera hacia el este de la ciudad, el coche de Lacy había tomado rápidamente por la calle Dieciocho Este.

Era indudable que se dirigía a los muelles.

Junto al conductor del primer vehículo, John sonrió al comprobar que su perseguido se estaba adentrando en una zona que 61 y sus hombres conocían palmo a palmo. A pesar de ir a velocidad, tanto el taxi como los coches procuraban no saltar los focos rojos Se los semáforos.

Philips no tenía prisa.

Su único objetivo era no perder de vista al taxi, y por eso iba muy cerca, sabiendo que en cuanto desembocasen en los muelles; podría

adelantarse, cortándole definitivamente el paso.

La cartera de Lacy había llamado en seguida su atención, seguro de que allí estaban las ansiadas joyas.

Un poco antes de llegar a los muelles y habiendo logrado una pequeña ventaja, el taxi que les precedía se detuvo y Lacy, con una agilidad extraordinaria, saltó al suelo y penetró en una callejuela estrecha que había a la izquierda.

Los coches de la banda frenaron en seco, vomitando a sus ocupantes, que corrieron tras el fugitivo.

Por su parte, Alexander, en cuanto saltó, echó a correr por una paralela.

—¿Dónde vas? —inquirió Taylor.

—A cortarle el paso.

Y siguió corriendo, a una velocidad que el gorila no podía alcanzar nunca.

* * *

Corriendo como un desesperado, Lacy sacó una positiva ventaja a sus perseguidores. Sabía, no obstante, que John no tardaría en cercar el barrio y que iba a serle dificilísimo salir de allí.

Sin dejar de apretar la cartera de las joyas, giró a la derecha, penetrando en un minúsculo bar, hacia cuya cabina telefónica se dirigió.

Marcó un número.

Acababa de hacerlo cuando oyó que descolgaban al otro lado.

—¿Sí?

—¡Aquí Lacy! —ya no hacía falta disimular—, ¿Eres tú, Dan?

—El mismo. '

—Estoy en un apuro. La banda de Philips me persigue y no creo que pueda salir de aquí. —¿Dónde te encuentras?

—En Silver Street. Llevo las joyas conmigo.

—¡Maldita sea! ¿Cómo ha ocurrido eso?

-—No lo sé. Me salieron delante, de repente, cuando te iba a telefonear desde el museo de Historia Natural.

— ¡En seguida vamos para allá! ¿Conoces el barrio?

—Un poco.

—Bien, Ve hacia Sharton Street, es una calle que hace eses y tiene muchas adyacentes. Una de ellas da al puerto directamente.

—¿Fohemed Street?

—La misma. Espéranos en la segunda curva. Procura esconderte

junto al estercolero que hay allí. En seguida estaremos a tu lado.

—Bien. No tardes.

Colgó el aparato y se secó el sudor que perlada su frente. Después, silenciosamente, salió del local, avanzando, tras haberse percatado de que no había nadie en la calle, hacia el lugar donde había citado a Dan.

Su única salvación estribaba en la ayuda que Dan y sus amigos le prestasen.

Porque, hacía reír el dudarlo, John y los suyos debían estar patrullando por aquel dédalo de callejuelas malolientes y estrechas, buscándolo para tumbarlo de un tiro y apoderarse de la cartera.

Había sido un loco pensando que nadie le reconocería con la barba y el bigote; pero ¿cómo podían haberle descubierto?'

Siguió avanzando hasta que se encontró en la esquina. Antes de cruzarla se asomó, viendo que la suerte le seguía favoreciendo.

Se equivocó.

Apenas había dado dos pasos cuando una silueta surgió de un portal vecino y una voz, sobradamente conocida para él, le conminó:

—¡Levanta las manos, Lacy!

Se volvió, obedeciendo.

Allí estaba Dwight Alexander, con una sonrisa de triunfo en los labios... y una «Luger» en la mano.

—Creías poder escaparte, ¿verdad?

Adam se mordió los labios.

—¿Has sido tú Quien me ha reconocido?

—Sí. Me utilizaron de una manera ingeniosa. Ahora estoy contento de todo lo sucedido. Callowan estará también contento.

—Estás loco, Alexander. ¿Crees que la banda te dejará salir?

—Claro que sí. En cuanto te haya esposado, llamaré a la policía y mataré dos pájaros de un solo tiro, ya que capturarán también a los de Jonh.

La voz de Lacy se hizo melosa.

—¿Y si partiésemos lo de la cartera en dos partes iguales, Dwight?

¡El otro escupió con rabia.

—¡Calla, perro traidor! Yo no soy como tú. Prefiero verte entre rejas y expulsado del Servicio. Lo prefiero a todos los tesoros del mundo.

—Haces mal, muchacho.

—.¡Basta de charla! Acércate con las manos en alto. Y no dudes que dispararé si es necesario.

—Corno quieras.

Dio un par de pasos y de repente dijo:

—¡Eres un imbécil! ¡Ya te lo decía yo! ¡Ahí los tienes, a tus amigos de la banda!

Pálido y contrariado, Alexander se volvió.

No fue más que una corta fracción de segundo, lo suficiente para darse cuenta de que Lacy le había engañado.

Loco de furor, apretó el gatillo.

Pero, la bala, aunque pasó rozando la cabeza de Adam, se estrelló en la pared, mientras el ex agente desaparecía tras la esquina.

Alexander se lanzó, valientemente, dispuesto a terminar con su enemigo.

Disparó otra vez, contra el otro, que acababa de penetrar en un portal.

—-¡No te escaparás, traidor!

Y avanzó.

Aquello fue su perdición.

Apuntando cuidadosamente, desde el portal, Lacy oprimió el gatillo, viendo, con una sonrisa de satisfacción, desplomarse a su adversario.

¡Ya era tiempo!

Atraídos por los disparos, los de la banda corrían ya hacia allá, llegando por las calles vecinas.

CAPÍTULO IX

LACY no perdió el tiempo.

Echando a correr, torció por la primera callejuela. Una bala silbó muy cerca de él, maullando al rozar el muro de piedra de la casa.

Conocía bastante bien aquel barrio, pero se extravió dos veces, tan complicado era aquel dédalo de callejuelas. Dos veces también tuvo que disparar contra sus enemigos, tumbando a uno de ellos, que se atrevió a mostrarse demasiado.

Tenía que encontrarse con Dan rápidamente.

Diez minutos más tarde, después de intentar desconcertar a sus perseguidores, cosa que logró con mucha dificultad, haciéndoles creer que se dirigía hacia un sitio distinto al que en realidad iba, llegaba a la calle donde se había citado con Dan.

No había nadie.

Podía ser probable que Dan y los suyos hubiesen tropezado ya con los hombres de John y saliendo perdiendo, hubieran quedado sobre el asfalto, haciendo entonces inútiles todos los esfuerzos.

La calle desembocaba en los muelles, en la parte donde se amontonaban mercancías que nadie había ido a recoger. Cajas y barriles, medio podridos, formaba verdaderas montañas por todas partes.

Con la cartera fuertemente apretada contra el cuerpo y la «Luger» en la mano, el joven inspeccionó los alrededores, dándose cuenta de que tenía poquísimas posibilidades de escapar, sobre todo si los de Philips le cerraban el paso por detrás.

En aquellos momentos, pensó, los de John debían haberse dado cuenta del engaño y se dirigirían directamente y a toda velocidad hacia el único sitio donde podía encontrarse.

Fue entonces cuando oyó pasos a su espalda y, al volverse, vio a Dan que corría, seguido de otro hombre, hacia él.

—¡Eh! —gritó Flower.

Momentos después estaban junto al joven. El otro, con un corte de rostro latinoamericano, se fijó en la cartera.

—¿Llevas las joyas?

—Sí. ¿Quién eres?

—Me envía el jefe. Me llamo Luis Armando.

—Bien. ¿Y el dinero?

—Está en el coche. ¿Quieres dejar que eche una ojeada a las piedras?

—¿Por qué no?

Lacy abrió lo cartera, dejando que los otros dos mirasen el interior. La luz que reflejaban las joyas les cegó.

—¡Qué maravilla! —exclamó Dan.

Adam cerró la cartera.

Justamente en aquel momento se oyeron, las sirenas a lo lejos.

—¡La policía! — —exclamó Luis.

—Ya me extrañaba que tardase tanto —dijo Lacy.

—¡Vamos!

—Sí...

Poro, en aquel Instante, dos disparos sonaron en el final de la calla, junto a los barriles y las balas pasaron silbando sobre las cabezas de los tres hombres.

—-¡Nos han cercado!

Armando se mordió los labios.

—¡Tenemos que abrirnos paso, sea corno sea, hasta el coche! ¡Vamos!

Agachados, se pegaron a la pared, avanzando lo más rápidamente posible. Un hombre, allá en la esquina, disparó de nuevo. Pero Lacy, apretando el gatillo, lo tumbó de un balazo en la cabeza.

—-¡Tiras muy bien, amigo! —dijo Dan.

Unos pasos más y una metralleta ladró desde lo alto de un montón de barriles.

Cogido de lleno, Dan cayó al suelo, retorciéndose, con las manos en el pecho.

—¡Me han dado! ¡Los muy puercos!

Armando y Lacy tiraron, al mismo tiempo. Y allí, sobre los barriles, el hombre de la metralleta dio una pirueta, cayendo desde lo alto hasta estrellarse en el suelo.

—-¡Vamos! —instó Luis.

—¿y Dan?

—¡Déjalo! Ese ya tiene lo suyo... ¡No perdamos tiempo!

La calle parecía interminable.

Lacy disparó contra otro hombre que la cruzaba, en el extremo,

quizá para, tomar una posición más conveniente. El hombre dio un salto y cayó, de bruces, sobre el adoquinado.

—¡Uno menos! —rió Armando.

Unos pasos más y ei ladrido de otra metralleta les sorprendió. Una lluvia de balas cayó sobre ellos, levantando esquirlas de tachada por todas partes.

Doblado en dos, con las manos sujetándose el vientre, Armando se desplomó, apoyando la espalda en la pared. Una palidez mortal le cubría su rostro.

—¡Lacy!

El joven se acercó a él, arrastrándolo hasta el quicio de una puerta vecina.

—¿Te encuentras mal?

—No te preocupes por mí… me han llenado las tripas de plomo.., no tengo remedio… Escucha… el jefe te espera…

—Sí.

—Yo debía llevarle las joyas, pero no me han dejado… Lo encontrarás en el «Venus»… es el dueño… Spencer Chase…

—Bien.

—Te pagará mucho… no es malo del todo…

Y sonrió.

Sonrió, al recordar que las instrucciones de Chase habían sido concretas: apoderarse de las joyas y eliminar a Lacy. ¡De no haber sido por aquellos puercos de la banda de John!

—Iré a verle —prometió Lacy.

—El coche, mi Buick negro, está dos esquinas más abajo. He déjalo las llaves puestas!

—De acuerdo.

—¡Lárgate ahora! Y dame mi pistola…

—¿Qué vas a hacer?

—Llamar la atención de esos cerdos y cargarme un par de ellos antes de irme al infierno.

Lacy salió de la puerta.

Tuvo que disparar, pero lo hizo corriendo, agachado, sintiendo las balas que silbaban rabiosamente a su alrededor.

Dos enemigos más cayeron antes de que él llegase a la esquina. Cuando lo hacía, una bala rebotó en el suelo, clavándosele en el brazo izquierdo.

Sintió corno si le aplicasen un hierro ardiendo.

Mordiéndose los labios, disparó contra su agresor, perforándole la cabeza.

Después; sin dejar de correr, al tiempo que las sirenas se oían mucho más cerca, consiguió llegar hasta el Buíck, con el que salió, a toda velocidad, de aquellos lugares, a los pocos segundos.

* * *

Spencer Chase apagó el cigarrillo y volvió a mirar el periódico, cuya primera plana relataba los acontecimientos del día anterior.

Allí había dos nombres que le interesaban: Dan Flower y Luis Armando, encontrados muertos junto a casi toda la banda de John Philips.

Éste y los supervivientes habían sido apresados por la Policía.

Nada de Lacy.

Es decir, la prensa seguía dando los detalles personales del traidor a la SIP, comentando que se había escapado por puro milagro, después de disparar contra un miembro del Servicio que le había dado el alto.

Se hablaba también de que la SIP parecía dispuesta a proponer una prima de Cien mil dólares a quien diese detalles que condujesen a la detención de Adam Lacy.

Spencer había sentido sinceramente la muerte de Armando.

En él perdía uno de los mejores colaboradores que había tenido jamás. Y de la lealtad de Luis no podía quejarse, ya que siendo el único que le conocía personalmente, jamás abusó de aquella extraordinaria prerrogativa, encontrándola, por el contrario, completamente normal.

Pero, a pesar de aquellos sentimientos humanitarios, que rara ves experimentaba Spencer, lo que seguía preocupándole eran las joyas, el botín de un golpe que había preparado maravillosamente bien y que había fracasado por la estupidez de David Morris, al dejar el coche en marcha, llamando la atención de la patrulla policial.

¡Maldito imbécil!

Sin aquel error, las joyas estarían ahora en su .poder y nada hubiese ocurrido, ya que la policía no sospecharía nunca del honrado propietario del «Venus», fiel cumplidor con el fisco y leal colaborador de las fuerzas del orden.

Iba a encender un nuevo. Cigarrillo cuando el teléfono, sobre su mesa, se puso a sonar.

Lo descolgó.

—¿Diga?

—¿El señor Chase?

—Sí. ¿De parte de quién?

—Lacy.

Spencer sintió un escalofrío que le recorría la espalda.

No esperaba aquello.

Dominándose, articuló, con visible dificultad. —¿Lacy?

—-El mismo.

—¿Cómo ha encontrado mi número?

—-Armando me habló de usted antes de morir.

—¡Ah! Comprendo.

Y después de una pausa preguntó:

—¿Qué desea usted?

—¿Sigue interesándole la mercancía?

—Desde luego, pero...

—¿Pero qué?

—Su precio ha cambiado. Se ha armado demasiado jaleo en estas últimas horas. Además, no creo que usted esté en seguridad, como antes.

—indudable. Tengo que salir de la ciudad cuanto antes.

—-Va a ser difícil.

—Eso déjelo de mi cuenca. ¿Cuál es el último precio?

—Ochocientos mil.

—.¿Eh? ¿Se ha vuelto loco?

—No puedo darle ni un «dime» más, Lacy...

— ¡Bastan los nombres!

—Como quiera. Ya ha oído mi oferta.

Un largo silencio siguió a las palabras de Spencer; luego, la voz de Adam dijo:

—Es usted un redomado granuja, Chase. Sabe que no tengo más remedio que deshacerme de esta maldita mercancía. ¡Parece como si llevase la cartera llena de trilita!

Spencer sonrió.

—Nunca ha dicho usted algo más cierto, señor... Yo soy la única persona de la ciudad que puede hacerse cargo de esa mercancía. ¿De acuerdo por el precio?

—En billetes, ¿eh? ¡Nada de talones!

—Bien.

—¿Dónde nos vemos?

—Aquí mismo, pero tenga mucho cuidado. Entre, por la puerta trasera, que dejaré abierta.

—De acuerdo.

Y colgó.

Spencer se frotó las manos.

Le hubiese gustado tener a algunos de sus muchachos con él; pero, después de todo, se dijo, él era capaz de dominar a aquel Lacy que, perseguido por todas partes, estaría más que contento pudiendo salir de la ciudad.

Sí salía.

Abrió un cajón del despacho y sacó una pistola de pequeño calibre, que se metió en el bolsillo de la chaqueta.

Luego encendió el cigarrillo que la llamada telefónica le había hecho abandonar sobre el cenicero.

Fue a abrir la puerta trasera y volvió, no entrando en ei despacho, sino sentándose en la sala, completamente oscura, de manera que podía ver el pasillo con toda facilidad.

No tuvo que esperar mucho.

Quince minutos más tarde, la puerta se abría sigilosamente y la silueta de Lacy se dibujaba claramente en el iluminado pasillo. El joven, después de mirar detenidamente en derredor suyo, cerró la puerta y avanzó.

Spencer se puso en pie, sacando su pistola.

— ¡Levante los brazos bien alto, Lacy!

Sorprendido, el joven obedeció.

—Curiosa manera de recibir a un amigo, Chase.

Este mostró los dientes.

—Chase no tiene amigos, Lacy. ¡No se mueva!

Avanzó, de espaldas al joven, registrándole con una precisión estupenda. La «Luger» de Adam pasó a las manos del otro.

—Siga andando y penetre por la segunda puerta: es mi despacho.

Lacy hizo lo que le pedían.

Una vez en el interior, Spencer le señaló un sillón y sin dejar de apuntarle con su pequeña pistola, se sentó en su silla giratoria.

—¡Eche la cartera sobre la mesa!

Y cuando estuvo hecho ordenó:

—Ponga las manos en la cabeza.

Lacy dijo:

—Es usted un hombre muy prudente, Spencer.

—Por eso estoy vivo aún.

Sin dejar de mirar a Lacy, abrió la cartera, y viendo parte del contenido sobre la mesa. Las gemas refulgieron violentamente bajo la fuerte luz de la estancia.

—Son preciosas, ¿eh?

Spencer sonrió.

—Las conozco de memoria. Mientras estuvieron expuestas en la Jewis, pasé a verlas cada día. Por eso me propuse apoderarme de ellas.

—¡Lástima que no lo consiguió… de momento!

—Fue culpa suya, Lacy. Suya y de ese mocoso de Flagg.

—Él no tuvo intervención alguna.

—¿No? ¿Por qué lo recogió entonces?

—Porque temía que me reconociese.

—Y se han hecho muy amigos, ¿eh?

—No. Lo eliminé.

Chase enarcó las cejas.

—No duda usted en deshacerse de lo que le estorba, ¿verdad?

—Así es.

—Igual me ocurre a mí. ¡Lástima que sea usted tan conocido! Me hubiera llegado a interesarme tenerlo a mi lado.

—Pierde el tiempo, Spencer. Tengo que irme. ¿Y el dinero?

—No tan aprisa, amigo. ¿Por qué fue a ver a la chica?

—Muy sencillo. Deseaba saber si pertenecía a la banda de su hermano.

—¿Para qué?

—Me interesaba desprenderme cuanto antes de las joyas. Sólo el que había planeado el asalto a la Jewis podía comprármelas.

—Bien pensado. Pero la chica no sabía nada.

—No importa. Me encontré con Dan, que, después de todo, me ha traído hasta usted.

—Es verdad.

Hubo una pausa; después, Spencer preguntó:

—¿Sabe que van a dar cien mil pavos por su cabeza, Lacy?

—Ya lo he leído.

—¡Y no le importa?

—En absoluto. No me cogerán.

—Parece muy seguro.

—Tengo mis razones. Voy a esconderme, por un tiempo, en un lugar donde nadie me buscará. Luego me largaré al extranjero. La lástima es que esperaba más dinero de todo esto.

—Sigue pensando en la chica de Stone, ¿verdad?

—Puede ser.

—El padre la mataría antes de que ella se casase con usted.

Lacy sonrió.

—Eso si podía, evitarlo. Pero basta de charla, Spencer. Me estoy

cansando de tener los brazos en alto.

—Bájelos.

—Gracias, pero eso no es todo. ¿Y el dinero?

Los rasgos de Chase se endurecieron.

—¿El dinero? ¿Después de todos los perjuicios que me has causado, metementodo? Debería matarte, pero no voy a hacerlo. Esa gente de la SIP sería capaz de todo, aunque ya no perteneces a ella. ¡Los brazos a la cabeza!

—¿Otra vez?

— ¡Obedece! En pie.

Y cuándo Lacy se hubo levantado, le ordenó:

—¡Hacia la puerta!

Lo llevó así, sin dejar de amenazarle, hasta los sótanos del local. Una vez allí, le hizo penetrar eh una estancia, sin ventana alguna.

—Voy a salir para el extranjero, Lacy. Una vez esté allí, enviaré un telegrama, desde cualquier ciudad, comunicando dónde te encuentras. Les diré que pueden guardar la recompensa para los Huérfanos del Servicio. ¿Qué te parece?

—¡Muy magnánimo!

Y en seguida, cambiando de voz pidió:

—¡Déjeme ir con usted, Chase! Me conformaré con lo que me dé. No olvide que, gracias a mí, ha recuperado las joyas.

—Demasiado tarde, amiguito. ¡Adiós y que no te aburras demasiado! Ah, no te molestes en golpear la puerta. Es de hierro.

Y salió, cerrando con llave.

Se dirigió hacia el despacho, sentándose de nuevo y mientras acariciaba las joyas con la izquierda, descolgó el teléfono con la otra mano, marcando un número.

—¿Diga?

—Interamericana.

—Sí, señor.

—¿Hay algún avión para Buenos Aires?

—Sale uno dentro de veinte minutos, señor,

— ¡Perfecto! ¿Hay plaza?

—Un momento, por favor.

Y después de unos instantes de espera comunicaron:

—Lo lamento, señor. Todo está ocupado.

—¡Escuche! Pagaré el doble o el triple. Me es Igual. ¡Tengo que salir en ese avión! Es muy urgente.

—Un segundo. Voy a consultar con el jefe de vuelos.

Otros minutos de interminable espera.

—¿Señor?

—Sí.

—He logrado arreglarlo. Uno de los viajeros está dispuesto a entregarnos el billete si usted mantiene la cifra del doble de su precio.

— ¡Cójalo ahora mismo!. Dentro de unos minutos estaré allí.

—Muy bien, señor. ¿Me hace el favor de su nombre?

—Chase. Spencer Chase.

—Bien, señor. Hasta ahora.

Colgó, con un rugido de triunfo.

No se molestó en subir al piso, donde tenía la ropa. Abrió la caja de caudales, sacó todo lo que había en metálico y lo distribuyó por los bolsillos. Cogió después la cartera de Lacy y abandonó el local, saliendo por la puerta trasera. Tomó un taxi en la esquina.

Dentro del vehículo, suspiró aliviado.

Al cruzar un coche de la policía, que iba avenida abajo hacia Battery, una sonrisa de triunfo se pintó en sus labios.

¡Si supieran aquellos imbéciles quién iba en el taxi y qué era lo que llevaba en el interior de la cartera!

Una vez en el aeródromo tomó su billete, pagando lo convenido. Después, dándose cuenta de que tenía tiempo, tomó una cerveza y compró unos paquetes de cigarrillos y unas revistas para el viaje.

Salió luego a la pista.

Los viajeros se dirigían hacia el imponente tetramotor que había delante del edificio principal de La Guardia.

Se acercó a la escalerilla.

Y fue entonces, al tender el billete a la muchacha, a la aeromoza, cuando unas manos de hierro le sujetaron.

—¿Spencer Chase?

—Sí... ¿qué ocurre?

—Queda usted detenido.

Y antes de que pudiese hacer o decir nada, unas esposas metálicas se cerraban en sus muñecas.

CAPÍTULO X

CALLOWAN miró hacia la puerta, que acababa de abrirse y sonrió.

—Pasa, muchacho. Cojeando, con una pierna entablillada, Alexander penetró, ocupando uno de los sillones, a un su gesto de su jefe.

—¿Cómo va esa pierna?

—Mejor.

Donald tamborileó sobre la mesa.

—Te he llamado porque creo que mereces una explicación, Dwight. Además, creo que Lacy legará hoy.

—¿Lacy? ¿Lo han detenido?

—En cierto modo. La verdad es que logró escabullirse, todavía no sé para qué pero vendrá hoy. Aunque no para lo que te figuras,

Alexander preguntó:

—¿No van a expulsarle del cuerpo?

—En cierto modo.

—No lo entiendo.

—Verás muchacho... Todo esto ha sido muy complicado y no lo hemos hecho a la perfección. Ha habido fallos y es natural, ya que somos humanos y como tal hemos de obrar... y errar.

»Ya sabes que nuestro primordial objetivo era descubrir al hombre que, abusando del estado de la vida, estaba corrompiendo a la juventud de Nueva York y haciendo que la delincuencia de los «barbilampiños» se convirtiese en una obsesión para nosotros.

»La policía de Nueva York, después de intentarlo todo, tuvo que recurrir a nosotros, les costó mucho hacerlo y puedes estar seguro de que hicieron antes todo lo que estaba a su alcance.

»Cuando me encargaron del asunto, lo confieso, pasé unas noches en vela absoluta. No veía la manera de atacar el problema, ya que, aunque habíamos detenido a muchísimos jóvenes, complicados en asuntos criminales, ninguno de ellos tenía ni la más remota idea de la identidad del hombre que movía los hilos desde la sombra.

»Mientras, muchachos, adolescentes apenas, caían bajo las balas de la policía o iban a parar a la cárcel, Cientos de familias, millares, mejor dicho, reclamaban una acción de la justicia contra ese veneno que albergaba el pecho de sus hijos, destrozando la felicidad de muchos hogares.

»Yo sabía que, antes que nada, debía forjar un cebo, una trampa.

—¿Las joyas?

—Eso es. Naturalmente, las joyas no vinieron de ningún planeta. La casa Jewis, con cuyo Consejo tuve una conferencia de tres horas, consintió en exponer su mejor colección. Ya puedes imaginarte lo que sudé para conseguirlo.

—-Lo supongo.

—Pero no fue eso solo. Un cepo no iba a conducirme a parte alguna. Necesitaba un buen cazador.

—¿Lacy?

—El mismo. Aunque el asunto era muy delicado. Hablé con él y después de muchísimas horas de discusión, logramos encontraron plan que encajaba .perfectamente en lo que nos proponíamos.

»Fuimos entonces a tocar las cartas más peligrosas. Stone, el multimillonario, estuvo a punto de hacernos arrojar de su mansión por los criados. Para nuestra suerte, Margaret estaba allí y fue ella, y gracias a ella, como se arregló todo.

»Se prestó a simular un intenso flirt con Lacy, La prensa se encargó de das la publicidad que deseábamos y ya recordarás el jaleo que se armó. Después, yo recibí a Adam y le prohibí que saliese más con aquella muchacha, enterando a los periódicos de lo que le había ordenado.

—Comprendo.

—Adam simuló estar de pésimo humor, se emborrachó de manera ostentosa y hasta se compró un coche, un Ford cuya matrícula terminaba en dos ceros.

—¿También entraban esos detalles en el plan?

—Sí, pero no en la forma en que se desarrolló. Ya te he dicho antes que somos humanos, todos, y que se cometieron errores o, corno dicen los militares, se produjeron imponderables.

Hubo una pausa.

—Lacy tenía la orden de vigilar, sin que nadie se diese cuenta, la joyería Jewis. El plan era el de que atacase a los atracadores, poniéndolos fuera de combate y que huyese con las joyas. Nosotros diríamos que un policía había visto las ceros de la matrícula y poco después declararíamos que el coche pertenecía a un renegado nuestro, a un hombre que, traicionando el Servicio, se habla puesta al margen

de la ley.

—Entendido.

—Las cosas, como sabes, pasaron de muy distinta manera. Los atracadores dejaron el coche en marcha, llamando la atención de la patrulla y desarrollándose una batalla a muerte.

»Adam tuvo que intervenir en última instancia y de, una manera que no estaba prevista. Lo que nos interesaba es que se pusiese, en contacto con el hombre que había organizado el atraco y que, naturalmente, no iba a quedarse con las manos cruzadas.

—¿Y por qué intervine yo?

—Porque era necesario. Yo te ordené que hicieses lo posible por entrar en la banda de John Philips.

—¿Por qué?

—Porque sabía que éste tenía buenas relaciones con Charles, un tipo que conoce a todo el mundo. Tú mismo le interrogaste no hace mucho y él, con toda seguridad, te identificó, sin que te dieses cuenta. Es el dueño del «Lucy».

—¡Estuve allí con Taylor!

—En efecto. Te llevaron allí para identificarte.

—¿No era contraproducente?

—En absoluto. Yo quería que ellos creyesen a pies juntillas que estábamos buscando a Lacy y qué ellos no nos importaban de momento. Al ver que les enviábamos un agente nuestro, sus dudas desaparecieron, ya que podían haberse olido la verdad.

»Pero tú cometiste el error de creer también en la farsa. Y te precipitaste, yendo a interrogar a Lacy y examinando su coche te convenciste de que era realmente culpable.

— ¿Usted sabía que iba a pasar eso?

—No, pero no podía decirte la verdad. Compréndelo.

Lo comprendo.

—Siguiendo el plan establecido y pensando con lógica, Lacy fue en busca de la hermana de Flagg, sabiendo que ella sería el centro de la atención general y que el autor oculto del atraco a la Jewis la buscaría, creyendo que estaba en relación con su hermano.

— ¡Pero si Dorothy era empleada suya!

—Ya lo sé. No olvides que Spencer es un tipo listo y que prefirió que Dan hiciese el trabajo sin sospechar, cuando fue al «Venus», que el dueño de aquel local era su jefe.

—Ya.

—Lacy demostró no equivocarse y al seguir a la muchacha y a su raptor entró en conexión con la verdadera banda, la que

buscábamos.

—¿Y la de John?

—Era accesorio, algo así como los comparsas de la comedia. Si no los hubiésemos dejado actuar, la sospecha hubiera aparecido en seguida y hubiesen descubierto «el pastel».

—Si

—Una vez tuvo Lacy la seguridad de que había dado en el blanco, fue al museo para dar largas al asunto con la banda de John, de modo que éstos no se «mosqueasen» al ver que les había defraudado. Nuevo error.

—¿El mío?

—Sí. John demostró ser muy listo al utilizarte corno radar para pescar a Lacy. Tú eras el único que podías reconocerle bajo cualquier disfraz.

—Y lo hice.

Bonald sonrió.

—Ya está pasado, pero pudiste cometer una verdadera catástrofe, ya que los hombres de John, al ver que Adam llevaba la cartera, se hubiesen limitado a matarle y llevarse las joyas.

— ¡Qué estúpido fui!

—La culpa no fue tuya. Pero sigamos... En cuanto Lacy se dio cuenta de que las cosas se ponían mal del todo, llamó a Dan, jugándoselo todo a una carta, ya que se imaginaba, y tenía razón, que Spencer, al ver que había peligro verdadero de que John se apoderase de las joyas, mandaría a alguien de su máxima confianza... y que le conocía personalmente.

»Era un juego muy arriesgado el de Lacy.

—¿Y por qué no me dijo la verdad? Allí, en la zona portuaria, estuve a punto de matarle.

—No podía hacerlo. Si os hubiesen visto juntos, colaborando, las dos bandas se hubieran retirado en seguida, perdiéndose todas las pistas. No, Lacy obró como debía. Disparó contra ti, hiriéndote levemente e hizo creer a los otros que era un verdadero traidor a la SIP.

—-Es verdad.

—Tuvo mucha suerte de que no matasen a Armando y que éste tuviese tiempo de confesarle la identidad de su jefe, Pero fíjate que Armando dijo aquello porque estaba plenamente convencido de que Adam «era trigo limpio» para él.

—Así debió de pasar.

—Lacy esperó al día siguiente, de modo a que Spencer se enterase

de la muerte de los suyos y de los detalles de la batalla campal que se había desarrollado en los muelles.

—¡-La policía llegó muy tarde!

—Naturalmente, cuando me comunicaron lo que sucedía, yo ordené a Nueva York que no interviniese hasta el final. Tenía que dar una probabilidad a Adam.

—Entiendo.

—Al siguiente día, Lacy se metió en la boca del lobo, pero ya nos había informado de todo. Spencer estaba rodeado y no podía escapar. Por eso, cuando interceptamos su llamada a la Interamericana, dejamos que le proporcionasen el billete, ya que nos intereseba qué abandonase el «Venus» y no cambiase de idea, matando a Lacy.

»Eso es todo, muchacho.

Dwight sonrió.

—Me ha hecho usted pasar malos momentos, señor Callowan, pero estos de ahora lo pagan todo.

—No había más remedio. Yo...

El interfono le Interrumpió.

—Que pase.

Momentos después, Adam Lacy penetraba en el despacho, estrechando cordialmente las manos que le alargaron.

Luego, mirando a Alexander se disculpó:

—Tengo que suplicarte que me perdones, Dwight.

—-¡Ya está hecho! El señor Callowan acaba de explicarme todo.

—-Mejor que mejor.

Y se dejó caer en uno de los sillones.

Donald le miró con insistencia.

-—-Estoy esperando que me expliques dónde te has metido toda esta semana.

Lacy sonrió.

—Asuntos particulares. Usted me dijo que debía dejar el Servicio, por lo menos por un par de años, ya que aquí mi cara era demasiado conocida... ¿No es verdad?

—Lo es:

—-Pues yo me he permitido encontrarme un empleo, en un pueblecito mexicano.

—¿De qué?

—De «sheriff».

Donald lanzó una carcajada; después, poniéndose serio, dijo:

—Hay algo de lo que no nos has informado aún.

—¿De qué se trata?

—Del paradero de Alex Flagg,

—¿No lo han encontrado?

—No.

—Yo lo dejé en aquella casa, en el Bronx. Hice lo que usted me dijo: ocultarle, retirarle de la circulación y pagar el médico para que lo curase.

—Eso mismo. Sabes que, por muy clementes que fuésemos con él, no podemos olvidar que mató a cuatro policías.

—Ya lo sé.

—¿Y no sabes dónde está?

—No.

—¿Y su hermana? ¡Otra que ha desaparecido!

—No. Su hermana está en Arkansas, en casa de tía Helen. Acabo de verla hace unas horas.

—¿Y no está su hermano allá?

—No.

—Entonces, ¿para qué diablos has ido a verla?

—-Porque voy a casarme con ella.

Callowan abrió la boca, estupefacto.

—¡Si que hilas aprisa, Adam!

—Se hace lo que se puede.

Y poniéndose en píe dijo:

—Bueno, jefe. Yo tengo que ir a casarme. El cajero ya me ha dado esa prima de diez mil pavos.

Muchas gracias.

—¿No puedes decir a qué pueblo te vas?

—Sí, Se llama Santo Cristo de la Montaña, un lugar apacible, junto a Sierra Madre.

•Jonald le tendió la mano.

—¡Mucha suerte, hijo!

—Muchas gracias, Adiós, Dwight.

—Adiós.

EPÍLOGO

¡Cómo picaban aquellos endiablados mosquitos!

Penetraban por los dobleces, por las costuras. Y de nada servía la mosquitera.

¡No había manera de hacer una buena siesta!

¿Y qué podía hacerse en aquel paradisíaco lugar?

Malhumorado, Lacy se irguió, sentándose en la hamaca. Encendió un cigarrillo, sabiendo que aquella era la única manera de alejar a los terribles insectos.

Fue entonces, al mirar hacia la hermosa casa, cuando vio al muchacho correr hacia él.

— ¡Adam! ¡Adam!

Se levantó, avanzando hacia el chico.

—¿Qué hay, Alex?

—Un telegrama para ti. De Washington.

Lacy lo desgarró, sintiendo los pasos de Dorothy que se acercaba corriendo.

—¿Algo malo, querido?

—No sé.

Abrió el papel azul y leyó:

> ***De Central SIP a Adam Lacy.***
> ***Santo Cristo de la Montaña. - México.***
> ***Recordando hoy ser aniversario matrimonio,***
> ***envío cordiales saludos para todos. Incluido***
> ***el joven cuñado.***
> ***Donald.***

Lacy lanzó una carcajada.

— ¡El viejo Donald! ¡Y yo que creí que le había engañado una vez siquiera.

¡UNA HISTORIA DE GUE-



RRA RELATADA EN EL CRATER DE UN OBUS!

EL AGUJERO

Por

MICHEL TAURIAC

Gran Premio Literario

de
Indochina

COLECCION S. I. P.

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

1. — El secreto del Circo Espacial. —W. *Sampas.*
2. — Asesinato en Luna-Término. —*Alan Comet.*
3. — Chantaje, S. A.. —*Alan Star.*
4. — Canales de sangre. —*W. Sampas.*
5. — Hombres sin alma. —*Alan Star.*
6. — Banda de telépatas. —*W. Sampas.*
7. — Arma secreta. —*Alan Star.*
8. — Traficantes cósmicos. —W. *Sampas.*
9. — Traidor al servicio. —*Atan Star*

El hombre ha dominado el espacio, pero la ambición, la maldad y el crimen han seguido a los abnegados pioneros que han posado sus plantas en los nuevos planetas.

Por eso la Tierra, para defender la Ley y la Justicia, ha creado una nueva fuerza: la SPACIAL INTERNATIONAL POLIOE.

